



FULCANELLI
FINIS
GLORIAE
MUNDI

Prólogo de Jacques d'Arès

Lectulandia

La tercera obra de Fulcanelli, que fue sustraída según el deseo de su autor, a toda eventual publicación, se titulaba *Finis Gloríae Mundi* (El Fin de la Gloria del Mundo).

Este título designa también un sorprendente cuadro conservado en hospital de la Santa-Caridad en Sevilla. Este panel de dos metros de lado fue ejecutado por el artista Juàn de Valdès Léal en 1672. Se puede ver en primero plano el cadáver de un obispo en descomposición avanzada, en el fondo de su ataúd. Frente a él, cabeza laya, se encuentra a su vez en su ataúd un caballero para nada afectado por la putrefacción y cuyos ojos abiertos y la frescura del tinte dejan comprender que descansa pacíficamente y escapa así a todo desgaste del tiempo. En segundo plano, una mano que lleva la marca de la crucifixión, pero curiosamente femenina, sale de los nubarrones, llevando el mástil de una balanza en la en que cada una de las bandejas está subrayada por las inscripciones “ni más”, “ni menos”. A la izquierda, en la entrada de la cripta, se sitúa una lechuza en postura hierática, símbolo de la sabiduría, pareciendo juzgar gravemente la situación. En segundo plano se divisan esqueletos y osamentas dispersas que participan del carácter bastante macabro de esta escena titulada *Finis Gloríae Mundi*, así como lo indica la filacteria agregada al primer ataúd, tan inquietante pues parece que la Iglesia esté aquí destruida para siempre con el único provecho del despertar iniciático simbolizado por el caballero que simula la muerte.

Fulcanelli realiza en este libro, con contenido diferente al que no fue publicado, la interpretación alquímica del cuadro en conexión con los sucesos que han acontecido tras la segunda guerra mundial, advirtiendo del enorme peligro de la carrera nuclear y de sus residuos por saltarse los límites, cuidados y reglas filosóficas mantenidas en secreto por los alquimistas desde antiguo.

Lectulandia

Fulcanelli

Finis Gloriae Mundi

ePub r1.0

Rusli 12.09.13

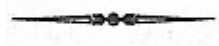
Título original: *Finis Glorae Mundi*
Fulcanelli, 2001
Traducción: Luis Miguel Martínez Otero
Ilustraciones: J. O. Arraiza

Gracias a P. S Paroutad y J. O. Arraiza por sus textos, ilustraciones y aclaraciones sobre la alquimia.

Editor digital: Rusli
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PREFACIO



Confieso haberme sorprendido —uno lo estaría por muchísimo menos, y hasta debo decir que me quedé estupefacto— cuando a finales de julio de 1999 recibí una larga carta fechada el 25 del mismo mes, acompañando a un manuscrito con el título *FINIS GLORIAE MUNDI*. Inmediatamente busqué la firma de esta carta, duplicándose mi sorpresa al leer la última línea:

Suyo, Fulcanelli - Frater Adeptus Heliopolitensis,

Cierto, conocía bien la obra firmada «Fulcanelli» gracias a mi fiel amigo Eugenio Canseliet a quien, por medio de Paul Le Cour, tuve el honor y la alegría de conocer en 1934, teniendo yo 9 años.

Recuerdo la primera frase del prefacio de Eugenio Canseliet de febrero 1958, a la segunda edición de *Las moradas filosóficas* que publicó la editorial de los Campos Elíseos, Omnium Littéraire, en 1960. Tanto más que el fundador de esta editorial, Jean Lavritch, que se había casado con una amiga de mi madre, Sonia Bentkovski, había sido el editor de Paul Le Cour. Gracias al último, Eugenio Canseliet entró en contacto con dicha editorial.

Me permito reproducir esa primera frase:

«*Las moradas filosóficas*, que de nuevo tenemos el honor de presentar, no debía ser el último libro de Fulcanelli. Existía una tercera parte bajo el título de *Finis Gloriarum Mundi* (El fin de la Gloria del Mundo) que su autor retiró, y que habría transformado su tarea didáctica en la más extraordinaria trilogía alquímica».

Eugenio Canseliet me dedicó un ejemplar de esta segunda edición:

A Jacques d'Arés
*en testimonio de fiel amistad
esta obra que tan bien conoce
en la que el Filósofo-Adepto
examinó la Ciencia para nuestro siglo
estableciendo las bases materiales
de la Filosofía atlanteana
En la Avenida de, los Campos Elíseos,
este 9 de Septiembre de 1960*

Es un hecho que por entonces ya conocía *Las moradas filosofales* y también *El misterio de las catedrales*. Los leí en su primera edición, en ejemplares dedicados por Eugenio Canseliet a Paul Le Cour (con quien tuve la suerte insigne de vivir desde 1933 hasta su muerte en 1954). Por desgracia estos volúmenes desaparecieron en 1943, cuando el autor de *La era del Acuario*^[1] padeció delante de mí una perquisición de la Gestapo que arrojó con un número importante de libros de su biblioteca.

En la esfera filosófico-esotérica de la época, Paul Le Cour habría sido el primero, en enero de 1927 y en la revista *Æsculape* en la cual colaboraba, en dar cuenta de *El misterio de las catedrales*. También, posteriormente, en enero de 1931, publicó un largo comentario a *Las moradas filosofales* que apareció bajo su firma.

Ahora bien, la carta que recibí el 25 de julio, comenzaba así:

«Querido Jacques,

He aquí una extraña manera de felicitarle en el día de su santo, y sin embargo esperamos que el presente que le acompaña no pesará excesivamente sobre su conciencia. Hemos optado por dirigirle nuestra última obra. Aunque lleva el mismo título, no es la misma que retiramos hace más de setenta años de las manos de nuestro fiel y buen discípulo Eugenio Canseliet. En efecto, entonces nos pareció que concurrían todos *los signos* para sacar a la luz el *modus operandi* de la vía seca; pero los tiempos no estaban todavía maduros, por desgracia, para desvelar los arcanos del *ars brevis*. Nuestra prudencia se vio más que confirmada a la vista de esa plaga inmundada y creciente que fue el nazismo...»^[2]

Más adelante, la carta precisaba:

«Por lo tanto, liberado de las escorias de la inexperiencia y teniendo en cuenta las más recientes locuras humanas, hemos puesto de nuevo en marcha nuestro *Finis Glorise Mundi*. A Vd. la misión de publicarlo a su conveniencia, ya que, repasando sobre nuestras propias huellas, nos sería penoso adoptar otra vez el nombre de "Fulcanelli" que, para el mantenimiento de nuestra tranquilidad, arrastra ya demasiadas quimeras románticas. Pero como sin duda sabe, el juramento de Heliópolis nos mueve, y nos obliga a ayudar y a sanar, y ya no podíamos escamotearnos más tiempo sin traicionarlo. Sin embargo no debe intentar contactar con nosotros. Como los antiguos rosa-cruces ejercemos *estancia visible e invisible*. Nadie conseguirá alcanzarnos, ni por mera curiosidad ni por necesidades de enseñanza, y menos *a fortiori* para intentar forzarnos a servir intereses que recusamos. Por ello mismo, para

contactar con Vd., hemos elegido este medio informático, más seguro para nuestro anonimato que un envío especial, en el que el tampón podría dar alguna indicación a quienes quisieran jugar a detectives de lo oculto».

Y así fue; este manuscrito, acompañado de la carta, me ha llegado por medio de internet a través del Centro Europeo de Mitos y Leyendas, que me tiene como uno de sus presidentes honoríficos. Tengo la debilidad de explicitar que esto explica aquello. Ahora bien, según me parece, esta vía dicha informática puede acarrear, y de hecho acarrea, lo mejor —digamos lo que viene del Espíritu— tanto como lo peor —es decir lo satánico—. Esta antinomia constituye a mis ojos una de las características más flagrantes de este «fin de los tiempos» (nada que ver con lo que algunos llaman el «fin del mundo»), en estrecha relación con los textos sagrados.

En consecuencia me planteé la pregunta: ¿a cuál de esas dos categorías pertenece el manuscrito que me han transmitido? La lectura me hizo comprender que esta obra dimana sin ninguna duda de la primera categoría: la del Espíritu.

Evidentemente no es fortuita la fecha elegida para enviarme el manuscrito, del 25 de Julio, fiesta del Apóstol Santiago el Mayor, ya que la peregrinación a Compostela reviste incontestablemente un carácter alquímico, teniendo a la *Transfiguración* como la meta última del caminar.

El hecho que esa fecha coincida con la fiesta de mi santo patrono no explica suficientemente por qué he sido yo elegido para recibir ese «don», pues jamás he operado en el atanor. Es verdad que no he vivido ajeno a las preocupaciones alquímicas, y que he peregrinado tres veces a Compostela por diferentes caminos. Amén de ello, recuerdo las veinticinco emisiones de radio que dimos en la ORTF^[3] —Inter-Variétés, en julio de 1964— con el célebre Compagnon du Tour de France^[4] Raoul Vergez, bajo título de «¿Están vivos? ¿Son de piedra?». Realizábamos entonces una auténtica peregrinación que partía del Mont Saint-Michel y abocaba en Compostela, presentando al paso y comentando los principales edificios cristianos que jalonaban la ruta. En una ocasión, charlando sobre Nôtre-Dame de París a propósito del célebre personaje esculpido bajo los pies de Cristo en el pórtico central —del que Fulcanelli dice que representa la Alquimia—, el periodista que nos entrevistaba me preguntó a bocajarro: «Para Vd., Jacques d'Arés, ¿qué es la Alquimia?» Inmediatamente le respondí: «Para mí la Alquimia es la ciencia de la vida». Eugène Canseliet había seguido la emisión. A la mañana siguiente me telefoneó para decirme: «Jacques, ayer dio Vd. la mejor definición posible de la Alquimia».

Precisamente, la carta de Fulcanelli me traía la respuesta en su último párrafo:

«No se inquiete Vd. demasiado por las razones que motivaron la elección

unánime de su persona para recibir este depósito. Son de lo más simple: elegir a uno de los herederos en el arte de nuestro fiel Canseliet, no habría faltado de atizar importunas envidias, rencores y dudas lesivas para el trabajo. En cambio, reconocemos y honramos su integridad, y vemos en Vd. al heredero de Paul Le Cour y de Philéas Lebesgue, que supieron acoger y animar a nuestro propio alumno cuando se encontró solo en su laboratorio. Reciba pues, a cambio, este don de confianza, teniendo la certeza de que Vd. dará buen uso de él».

Me vi obligado a reconocer lo justo de esta argumentación, y tanto más que había yo conocido a Philéas Lebesgue por la misma época. Fue Paul Le Cour quien le puso en contacto con el Maestro de Savignies, hasta el punto que este último llegó a ser su ejecutor testamentario.

Una primera cuestión me vino entonces en mente: ¿era posible descubrir quién se ocultaba tras el pseudónimo de Fulcanelli? Desde 1926, y más exactamente desde 1929, año de la aparición del segundo libro de Fulcanelli, se han contemplado todas las hipótesis sin ninguna prueba auténtica o indicio serio que no tuviera su contrapartida. Ya desde entonces, algunos han tenido la audacia de hablar de «montaje». ¡Ya nos gustaría encontrarnos más a menudo con otros similares!

Haré observar, pese a que después de tres mil años se plantea el tema de saber si Homero ha existido o no, continuando todavía sin respuesta, que estamos bien obligados de constatar la existencia de la *Iliada* y la *Odisea*, obras a las que se concede un inmenso interés. Lo mismo ocurre con la obra firmada «Fulcanelli». Esta obra está ahí, con un valor incontestable, y ha sido escrita de mano humana (¿o acaso por varias manos?).

Por mi parte siempre he pensado que *El misterio de las catedrales* y *Las moradas filosóficas* eran, bajo el nombre de Fulcanelli, la expresión escrita del Colegio de los Hermanos de Heliópolis al que se decía pertenecer Eugenio Canseliet, el discípulo incontestable del Adepto. Ahora bien, en la carta que acompaña al manuscrito que aquí presentamos, se precisa a mi intención: «Sepa Vd. también que no somos en nuestro opúsculo sino el heraldo del Colegio de los Adeptos». Y ello confirma perfectamente mi intuición.

Además esta búsqueda obstinada de un autor identificable me parece vana y depender únicamente del «tener», cuando sólo el «Ser» debiera ser tenido en cuenta. Por otra parte se constatan numerosas contradicciones (¿quizás voluntarias?) que no se pueden resolver. Pienso en una de ellas: se dice habitualmente y se escribe que Fulcanelli habría retirado su tercer manuscrito, justo después de la publicación (a cargo de Jean Schemit, que he conocido personalmente) de la primera edición en 1929 de *Las moradas filosóficas*; y que Fulcanelli habría desaparecido en 1930. Ahora bien, el mismo Eugenio Canseliet, en el prefacio de la primera edición de *El*

misterio de las catedrales fechada en octubre de 1925, escribe en el primer párrafo:

«El autor de este libro ya no está desde hace tiempo entre nosotros. El hombre se ha desvanecido. Sólo su imagen permanece».

Dicho de otro modo, es el Espíritu y no la letra la que todavía y siempre debemos buscar. Era indispensable intentar cerciorarse, en la medida de lo posible, que este *Finis Gloriam Mundi* estaba estrictamente en la línea de Fulcanelli, siendo por tanto del mismo autor. La atenta lectura me ha convencido de que se trata efectivamente del Adepto Fulcanelli.

Para comenzar, encontramos aquí las suficientes consideraciones irrefutables sobre la evolución de nuestras civilizaciones, como para justificar ampliamente el título de la obra. Ya ocurría así hace setenta años, pero la aceleración de la Historia se ha amplificado de tal modo que se comprende que el autor haya puesto su obra nuevamente «en marcha».

Además, según el método ya utilizado en las dos obras precedentes se nos dan —intencionalmente veladas como sin duda procede— preciosas indicaciones sobre el *modus operandi*, para desvelar, a los que intentan acceder al Adeptado, los arcanos del *ars brevis*; lo que hasta ahora nunca se había hecho. Mil detalles confirman casi a cada página la identidad de pensamiento que, desde *El misterio de las catedrales* hasta *Finis Gloriam Mundi*, atraviesa las tres obras del Maestro, al mismo tiempo que constatamos una progresión en la amplitud del mismo; lo que, tal como lo veo, es de una lógica imperturbable en función de la profunda finalidad de esta magistral trilogía.

Para mí queda excluido analizar o comentar los elementos apasionantes que esmaltan el presente trabajo, incluso si, sobre ciertos detalles, cabría extrañarse por algunas de sus formulaciones. Esta reflexión no me compromete sino a mí. Al contrario, el lector descubrirá por ejemplo un comentario bastante extraordinario de la Tabla de Esmeralda. Igualmente y a propósito del «secreto alquímico», se podría reflexionar sobre la frase siguiente: «El presente deber de un alquimista consiste en revelar lo que aquellos ladrones han sustraído, dando a sus víctimas los medios de asegurar su propia protección». Lo mismo ocurre con la fecha del «Fin de la Gloria del Mundo», cuando Fulcanelli escribe: «Como ya lo hemos dicho, conviene esperar con sangre fría la hora suprema, pero jamás hemos recomendado espantar a las gentes con sandeces, o atreviéndose a asignar al fin de los tiempos una hora completamente humana. Le basta al alquimista con saborear sus primicias cuando la trompeta resuene en su crisol».

Pero sucede que Fulcanelli me confía su último trabajo el año mismo del centenario del nacimiento de su discípulo Eugenio Canseliet. No me parece cosa del azar. Mientras que algunas personas se complacen al parecer en minimizar (es lo

menos que se puede decir a veces) el conjunto de la obra de Canseliet, pienso, al contrario, que este *Finis Glorae Mundi* contribuye a subrayar la importancia de sus trabajos. Porque, en efecto, conviene reconocer el aporte extraordinario que ha realizado para mantener, en este siglo xx tan materialista, la Tradición hermética que tanta importancia ha tenido a lo largo de las edades. Ello me recuerda la reflexión que hizo René Alleau con ocasión del banquete que había yo organizado en honor de Eugenio Canseliet para sus 80 cumpleaños: deploraba que no se enseñara en la Universidad la historia de la Alquimia. A su manera, es lo que hizo el Maestro de Savignies al transmitir lo esencial de la Tradición, permitiendo a algunos proseguir, con mayor o menor éxito, sus investigaciones en este terreno excepcional.

Muchos de nuestros contemporáneos, y más particularmente algunos investigadores y dirigentes, no son más que «especialistas»; lo que es muy grave en la época en el que todos los ámbitos de la vida se entrecrocaban a escala mundial. Les falta ese «espíritu de síntesis» propio de los que se aplican la célebre fórmula *orare, orare et laborare* (ora, ora y labora). Convirtiéndose en aprendices de brujo, no pueden realizar las consecuencias que padecemos de la profunda transformación del mundo. El nuevo texto de Fulcanelli, en la introducción del *Finis Glorae Mundi*, es particularmente revelador a este propósito.

Estas consideraciones se inscriben perfectamente en la recta línea de las reflexiones de Philéas Lebesgue en su notable *Au-delà des grammaires* [Más allá de las gramáticas] y en el conjunto de su obra, así como en línea con Paul Le Cour (fallecido en 1954), tal como se formula sobre todo en su libro más célebre *L'Ere du Verseau et le plus proche avenir de l'humanité* [«La Era de Acuario y el futuro inmediato de la humanidad»]. Por otra parte, este libro había retenido muy particularmente la atención de Eugenio Canseliet. A menudo lo evocábamos juntos en nuestras reuniones, asociándole el pensamiento de Philéas Lebesgue, que fue en la materia, a su modo, un precursor incontestable. Paul Le Cour y Philéas Lebesgue se complementaban perfectamente.

El lector comprenderá así por qué Fulcanelli me considera el heredero espiritual de Paul Le Cour y Philéas Lebesgue, cuya obra, del uno y otro, se inscriben tan perfectamente en la línea preparatoria de ese *Finis Glorae Mundi*, cuyo título es perfectamente revelador^[5].

De este modo la trilogía «Fulcanelli» forma un todo perfectamente coherente, y es normal que «este libro escrito en situación de urgencia sea el último que firmará Fulcanelli».

Cuenta habida de lo que precede y vista su actualidad, pronto me convencí de la necesidad de publicar esta tercera parte. Pero, ¿a quién confiarla? Conozco un cierto número de editores, amigos la mayoría, entre los cuales algunos están más o menos especializados en el terreno de la Alquimia. ¿Cómo elegir? Tropezaba con la misma

dificultad que Fulcanelli, para designar al depositario de su última obra. Considerando el hecho que este texto me ha llegado por intermedio de la página internet del Centro Europeo de Mitos y Leyendas^[6], me volví con toda naturalidad hacia su Presidente, Jean-Marc Savary, que a su vez, al margen de los «grandes montajes comerciales», es editor en el ámbito del hermetismo de calidad. A mayor abundancia, conociendo desde hace tiempo y personalmente su integridad, me ha parecido normal confiarle este manuscrito, como una «antorcha» tradicional. Y a su vez él ha aceptado la tarea, de lo que le quedo agradecido.

Con este mismo espíritu me permito precisar que no percibiré ningún derecho de autor. La publicación de este libro me parece saludable, como lo comprende perfectamente el editor *Liber Mirabilis*.

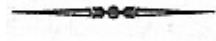
Hago votos para que el lector, gracias a la «Ciencia de la Vida», pueda realizar en sí el equilibrio perfecto simbolizado por la Esmeralda hexagonal, lo que sin duda, pese a él pero de modo positivo, le permitiría participar en la renovación del mundo. Fulcanelli y su discípulo Eugenio Canseliet, Adeptos ejemplares, no quieren otra cosa.

JACQUES D'ARÉS
*Presidente de Honor del
Centro Europeo de Mitos y Leyendas.*

FINIS
GLORIAE
MUNDI



INTRODUCCIÓN



No es costumbre que un Adepto tome la pluma de nuevo tras haber atravesado su propia transmutación. Sólo razones imperiosas que ponen en juego el destino de la humanidad, han podido convencernos para transgredir esta regla de ordinario infranqueable, abandonando el manto de silencio que envuelve a quien ha pasado por el brasero del Fénix. Si uno de nuestros alumnos, a saber, nuestro devoto Eugenio Canseliet, estimó oportuno dar alguna vana notoriedad mundana al nombre que blasonaba nuestra obra todavía inacabada, que esta candidez sirva hoy por lo menos para sellar la advertencia que, por desgracia, hemos tenido el deber de lanzar en estos días turbulentos. El hombre está como suspendido entre el abismo y la regeneración, y el error sería literalmente fatal. Este trabajo no es el manuscrito que hace años retiramos de las manos del querido Canseliet; aquel antiguo escrito, imperfecto, no habría podido sino extraviar al estudioso, como nosotros lo estuvimos durante un tiempo. Fue entregado a las llamas sin remordimientos. ¡Insondable presunción la del hombre! Habíamos tenido la audacia de escrutar las ultimidades y el renuevo de los tiempos antes de que se produjeran en nuestro propio crisol; antes de que la experiencia nos enseñara las últimas sutilezas del arte. Sin embargo la humanidad ha alcanzado un umbral de lo más peligroso, sobre cuya cercanía ya habíamos pronunciado una advertencia definitiva. De este modo reiteramos, con la insistencia que requiere la inminencia del peligro, las necesarias amonestaciones que, quizás, le evitarán comprometerse más tarde por caminos en los que el daño sería irrecuperable.

El señor Bergier tuvo la bondad antaño de hacerse eco de las advertencias que le ofrecimos por entonces, cuando sus colegas y él mismo buscaban desencadenar las energías considerables encerradas en la estructura profunda de la materia^[7]. Los hombres de ciencia eran niños deslumbrados, y no nos hacíamos ilusión alguna sobre el alcance de este paso. Hoy, la ciencia moderna ha vuelto a encontrar numerosos secretos alquímicos, sin que este parentesco cada vez más estrecho haya generado, en los modernos sopladores, la agudeza de conciencia y la disciplina espiritual necesarias para la conducta de la Obra. Amén de los riesgos de naturaleza física siempre presentes durante la manipulación imprudente de determinadas fuerzas, los efectos de esas manipulaciones sobre los investigadores mismos y, en cascada, sobre las poblaciones humanas en su conjunto, podrían revelarse absolutamente nefastos, incluso antes de volverse discernibles para las conciencias atrofiadas. El arte del V.I.T.R.I.O.L exige una tal prudencia, que es de temer que carezcan de ella los que se dejan dominar por la ebriedad de su propio poder, si acaso éste permanece siendo puramente exterior y, por ello mismo, ilusorio.

Abordar las cuestiones pavorosas del fin y de la restauración de los tiempos significa paradójicamente sondear los orígenes. Cuando retiramos a Eugenio Canseliet las líneas escritas demasiado apresuradamente sobre este tema, las excavaciones arqueológicas no habían levantado más que una ínfima parte de la oscuridad que rodea al nacimiento del hombre. Desde entonces la cuestión se ha clarificado, siempre que tengamos en cuenta todos los datos de un problema más complejo de lo que se pensaba. Las enseñanzas de la paleontología han limpiado el panorama de quimeras, para confrontarnos al misterio. Según los trabajos de Wilson, Cann y Stoneking sobre el ADN mitocondrial, tendríamos que pensar en unos 50.000 años de silencio entre la aparición biológica del hombre dicho «moderno» —de nuestra humanidad— y sus primeras expresiones a través de los útiles y del arte rupestre^[8]. Sólo muy tardíamente habría mirado la humanidad hacia la transformación de la materia. ¿Qué fueron esos cerca de 50.000 años, que representan un doble *giro de rueda* del Gran Año precesional? Nos acercamos al final del segundo *giro de rueda* complementario que, al contrario, contempla la proliferación de las obras humanas.

Sometidas a la implacable verificación del crisol, las revelaciones transmitidas por las tradiciones adquieren una limpidez que barre con todas las especulaciones puramente intelectuales. Ya nos habíamos adherido a la doctrina de las cuatro Edades según expone el *Libro de Daniel*, confirmada por Hesíodo entre los griegos, e igualmente entre los hindúes. Esta doctrina es verdadera, aunque hay que entenderla de modo distinto al de un engranaje mecánico, ya que no es sino el desarrollo cósmico de ciertas fases de la Obra, y también su trastocamiento. Una comprensión parcial o demasiado simplista sería, en estos terrenos, más peligrosa que la vulgar ilusión metafísica del progreso lineal o el de evoluciones azarosas.

Nos es especialmente penoso constatar que algunos de nuestros antiguos alumnos y sobre todo sus propios discípulos, han cedido a la tentación de una lectura literal o de una interpretación estrecha de los ciclos temporales que regulan el destino del cosmos. Sin embargo ya les habíamos prevenido: «Los mismos filósofos certifican que jamás hablan tan oscuramente como cuando parecen expresarse con precisión. Su claridad aparente engaña a quienes se dejan seducir por el sentido literal, sin querer asegurarse de si concuerda o no con la observación, la razón y la *posibilidad de la naturaleza*»^[9].

Los ofuscados habrían debido verificar si la revolución de los polos, tal como se la imaginaron leyendo nuestra exégesis del obelisco de Dammartin-sous-Tigeaux con la fe del carbonero, obedece a tales certezas. Limitándose al arte del papagayo, aumentaron las ilusiones de los hombres de débil inteligencia y, desgraciadamente, contribuyeron a reforzar las Más turbias intrigas de los sopladores que intentan jugar

un papel demiúrgico propiamente luciferino. Nuestro propósito no es poner aquí de manifiesto cada uno de sus errores. Nos deja indiferentes el uso que hicieron de nuestro nombre para cubrirse. Pero es importante rectificar lo que han emprendido los aprendices de brujo porque, en la fina punta de la hélice cíclica, tendría incalculables consecuencias.

Este libro escrito en la urgencia, será el último que firmará *Fulcanelli*. Ojalá podamos tras ello, cumplido ya el deber que nos incumbe, volver a entrar en el Silencio del adepto, para obrar únicamente conforme a las vías que el mismo requiere.

FINIS GLORIAE MUNDI



El Hospital de la *Santa Caridad* de Sevilla conserva un curioso cuadro de Juan de Valdés Leal, que no dudaremos en calificar de *filosófico*. Este pintor del siglo XII, contemporáneo de Zurbarán y de Murillo, representa con ellos lo que los críticos de arte consideran los comienzos del realismo español, que arroja una mirada implacable sobre las miserias materiales y morales de ese tiempo.

Apenas había concluido su Siglo de Oro cuando, arruinada por las guerras, España perdía una tras otra sus ricas provincias del norte de Europa. Para asegurarle la preeminencia ya no bastaban sus conquistas americanas. Junto con el oro y la plata del Perú, parecía haber cosechado en aquellas tierras lejanas un gusto bárbaro por la muerte y la crueldad y, mientras que las naciones europeas practicaban sus guerras de encaje, levantaban el *mapa de Tendre*^[10] y cultivaban las fiestas campestres, España exaltaba la Inquisición, encendía sus autos de fe, y perseguía con igual rigor a sus sabios que a sus místicos. Pese a ello, lo mismo que en el resto de Europa, florecieron escuelas de alquimistas en Compostela y en Sevilla que, sin embargo, bajo velo de las artes de la botica, de la industria de los tintoreros o de la trituración de los colores que necesitaban los pintores, tuvieron que operar en una casi total clandestinidad. Los

hidalgos y monjes que instalaron sus hornos y sus matraces en el fondo de los castillos y conventos, tuvieron que buscar una razón plausible para limitar las habladurías; en general la de la destilación de medicinas y remedios, ya que su estado no les ponía al abrigo de una acusación de brujería o de herejía, que inmediatamente les habría valido cárcel u hoguera. No encontraremos por tanto, ni en Galicia ni en Andalucía, esas composiciones mitológicas o simbólicas que nos hemos complacido en descifrar en *Las moradas filosóficas*. Los artistas españoles, y particularmente Juan de Valdés Leal, transmitieron los secretos de la Obra a través de temas religiosos y, más raramente, de escenas picarescas. A este respecto, *Finis Glorae Mundi* representa sin duda alguna el más perfecto mensaje de la escuela hermética sevillana.

Encima de una cripta donde yacen en féretros abiertos tres cuerpos en diferente estado de descomposición aparente, las nubes se abren sobre una mano elegante y casi femenina marcada con los estigmas de la Pasión, que sostiene una balanza cuyos platillos desbordantes, timbrados con las palabras *ni más ni menos*, se equilibran. Ante una escalera débilmente iluminada y que parece ascender hacia un mundo más acogedor, quizás el mismo desde donde surge la mano fatídica, la lechuza de Minerva vigila la metamorfosis de los cadáveres. En primer plano yace un obispo con capa y mitra de un oro muy pálido, casi *blancos*, asiendo todavía su báculo de oro entre las manos cruzadas sobre el pecho, mientras que los terciopelos escarlatas que recubren el interior del féretro se desgarran, dejando aparecer la madera de roble, de la que está hecho. En segundo plano, en posición invertida para con el primer personaje, reposa un caballero que, según atestigua el estandarte que lo cubre, pertenece a una de las órdenes religiosas militares, Calatrava, San Juan o Santiago, que fueron, en sentido propio como en el figurado, la punta de lanza de la *Reconquista*. El tercer féretro, al fondo, no contiene más que un esqueleto sin atributos, a cuyos pies se amontonan huesos y cráneos desarticulados. Delante del obispo, una filacteria abandonada negligentemente sobre el suelo porta las siguientes palabras: *Finis Glorae Mundi*. El conjunto de la escena aparece bañado en una luz purpúrea que apenas tiñe, más que ilumina, la neblina fuliginosa en la que se reabsorben las paredes del sepulcro.

La mayor parte de los historiadores de arte no ha visto en este lienzo sino una alegoría moral: las vanidades mundanas no sobreviven a la tumba y acaban en la podredumbre, hasta llegar, por fin, al anonimato del último osario. En la balanza se amontonan los atributos de los nobles personajes tendidos en su último sueño, y tendría el sentido del bíblico *Mane, técel, phares*. Esta interpretación, que ciertamente no compartimos, no da cuenta de las sutilidades de la pintura, sumamente sugestivas en cuanto a la lectura *alquímica* a la que nos vemos impelido. Entonces aparece como una obra mayor del filósofo químico, que seguramente fue Valdés Leal.

Los platillos de la balanza parecen perfectamente equilibrados, aunque una mirada atenta detectaría un ligero exceso de peso en el de la derecha. Éste contiene

los símbolos litúrgicos, pero en cambio gravita sobre el cuerpo del caballero. Como vemos, los símbolos están cruzados: encima del obispo vemos los emblemas de la caballería, yelmo, mastín y joyas timbradas con un corazón escarlata; mientras que encima del caballero distinguimos una estrella, un pan ya comenzado, un libro, un mortero de cristal con su almirez y el corazón rojo coronado con la cruz. Hay intercambio de platillos para efectuar la pesada de los corazones. Ello, y la disposición invertida de ambos personajes, designan una vía demasiado poco evocada en los escritos alquímicos, conocida como *vía breve*. Consagrándole su *Ars brevis*, Raimundo Lulio no describe sino los principios, y además de una manera particularmente oscura. Esta vía permite abocar rápidamente en la Piedra, pero su práctica se revela ser particularmente peligrosa. La maestría de los pesos y equilibrios es esencial a cada instante, en un trabajo que se opera pavorosamente *a ciegas*.

Los vestidos litúrgicos blancos que visten al obispo se portan únicamente en dos tiempos: Navidad y Pascua, el nacimiento del niño y la resurrección; y ambos ocurren en el seno oscuro de una gruta. Los Padres griegos de la Iglesia establecían la analogía entre la tumba y la cuna, entre las fajas que envuelven al recién nacido y las que mantienen la mortaja. En Navidad, Dios muere para nacer hombre limitado; durante la Semana Santa este último es el que muere, para que en la mañana de Pascua resurja hombre-Dios en su perfección.

Lo que aquí se nos muestra mediante un simbolismo cristiano ya fue conocido por los egipcios. Representaban a *Ptah* trabado en la minera-muerte del *neter* y nacimiento al mundo bajo la forma limitada de una piedra opaca. Después, era entregado por la leona *Sekhmet*, llama viva y devorante. Esta segunda operación de muerte y resurrección debía ser reconducida con la mayor prudencia, ya que si *Sekhmet* escapaba de control, la potencia de *Ptah*, liberada demasiado bruscamente, llega a ser devastadora. Así lo comprendió muy bien, sola entre todos los egiptólogos, la Sra. Isha Schwaller de Lubicz^[11]. Pasados los siglos, es lo que han descubierto los sabios atómicos. No les reprocharemos por nuestra parte haber intentado leer las páginas más interiores del *Liber nature*, aunque nos parece sobremanera enojoso que su primera preocupación haya sido la puesta a punto de la bomba A.

La pintura de Valdés Leal posee un sentido muy preciso en cuanto a la perfección de los metales, y acabamos de ver por las indicaciones litúrgicas que las dos operaciones que abren y finalizan el trabajo se parecen, pero cruzando significados. La elección de los personajes comporta una advertencia de lo más oculta, que como poco habría sido inoportuno desvelar claramente antes de hoy. Contemplamos un obispo, un caballero y un hombre sin atributos particulares, que debemos suponer un agricultor o un artesano: estamos en presencia de la división medieval de los tres órdenes, *oratores, bellatores et laboratores*. Vemos en ello la alegoría de las tres operaciones a efectuar en la materia que perfecciona la obra: la recogida del espíritu

celeste, el combate de las dos naturalezas, y el humilde trabajo en la oscuridad, precisando cada una la virtud que se atribuye a cada uno de los tres estados. Se trata igualmente de la triple maestría que necesita el obrero para conducir el arte: la del *ars sacer*, la de la iniciación caballeresca o *ars regis*, y en fin, la del compañero perfecto o *magisterio*. Valdés Leal sugiere con su elección que el proceso alquímico, a mayor escala, se aplica a las sociedades humanas; revelación que por entonces no se podía hacer más que bajo cubierto de una especulación religiosa. A este propósito, notemos que los maestros reconocidos de los *tres órdenes* tenían el derecho de portar blasón en la sociedad medieval. No estaba en el espíritu de la época, en tanto no se desorientó hacia ambiciones exageradas o mercantiles, jerarquizar los órdenes según el modelo rígido de castas que sobrevino en la decadencia de la India. El mismo *Mahabharata* reconoce que la pertenencia a las castas no debe deducirse únicamente del nacimiento, sino en primer lugar del *temperamento*, tal como lo definen los escritos ayur-védicos^[12]. Los órdenes tradicionales imprimen un sello visible sobre las *virtutes* mismas que en alquimia designamos como sal, azufre y mercurio.

Este último secreto de Hermes, a saber, la aplicación del arte a las sociedades humanas, no debía ser revelado ni siquiera en la transmisión oral de maestro a discípulo, en tanto el artista no lo descubriera con la minuciosa observación de su crisol y la de la naturaleza. Desgraciadamente algunos, en este siglo, han creído juicioso arrancar los velos de *Ishtar*, en vez de incitarla a su despojamiento progresivo mientras desciende a los infiernos de *Ereshkigal*. Este descenso evocado por el V.I.T.R.I.O.L de los filósofos^[13], es el que observamos en el cuadro bajo la forma de la escalera vigilada por la lechuza de Minerva, ave cuya mirada, penetrando en la oscuridad, guía a los hombres durante la travesía de la noche esencial.

Notemos que la lechuza se encuentra a la altura de los platillos de la balanza divina. Juan de Valdés Leal insiste en la necesidad de equilibrio; de una regulación del proceso. La mano celeste que sostiene la balanza indica claramente que esta regulación debe venir de lo alto: de la porción ya sublimada de la materia, del hombre o quizás de la naturaleza, ya que, aunque exhiba los estigmas de la Pasión, esta mano se parece a la de una mujer. La naturaleza alcanzaría entonces su perfección, ya que habría cumplido su Pascua. Se trata aquí de un arcano temible, y todavía sería muy inoportuno exponerlo más claramente.

No es sin graves consecuencias que, ajenos a esta prudencia tan filosófica, los hombres de ciencia hayan abandonado el control de su trabajo a los nuevos príncipes de la política. Los Adeptos del pasado pusieron siempre en guardia a sus discípulos contra el apetito de riqueza y poder que tenían los reyes. La alquimia de las sociedades humanas que sugiere Valdés Leal, sigue las mismas vías de perfeccionamiento que la de la materia mineral, y ya sabemos las dificultades que

acarrea la explosión accidental del crisol. Para emplear un lenguaje contemporáneo, conocemos los traumatismos a los que se expone el «*laborator*», y lo difícil y trabajosa que será la curación que le permita reemprender el trabajo de laboratorio. El lanzamiento de la bomba A sobre Hiroshima fue criminal, no sólo por los sufrimientos infringidos a las víctimas directas, sino también por el quebranto que resultó para el alma y el espíritu de la humanidad. Se duplicó el crimen por la fecha elegida, un 6 de agosto, fiesta litúrgica de la Transfiguración, para la que el fulgor atómico representaba una falsificación literalmente *diabólica*. No compensa este primer seísmo ni corrige el que los sabios, *después*, hayan encontrado la manera de regular la acción de *Sekhmet* para fabricar electricidad. Por aquí se habría tenido que empezar, de quererse realizar de verdad, a escala industrial, lo que los filósofos no intentaban a lo largo de su vida sino sobre unas pocas onzas de materia. Hay que precisar también que en las centrales nucleares la obra apenas excede el estadio preparatorio, de donde la acumulación de tantos residuos envenenados, cuyo actual «tratamiento» no es más que una siniestra farsa. Podemos esperar sin duda, una vez adquirida la experiencia, que con el envejecimiento de las centrales y la necesidad de sustituirlas, los sabios atómicos encontrarán medios más canónicos para concluir un trabajo emprendido tan imprudentemente.

Desde los primeros experimentos de Rutherford en 1912 hasta los aceleradores de partículas gigantes como los del CERN o el de Brookhaen, los físicos se han contentado con quebrar la materia para descubrir su estructura interna. Lo más a menudo se trata de bombardeos violentos mediante flujos de electrones que se precipitan y percuten contra la delicada arquitectura de los núcleos atómicos. Bajo el choque, los físicos obtienen transmutaciones reales, bien de los cuerpos atacados o bien de las partículas atacantes. Sólo muy recientemente se han dado cuenta de que perturbando ligeramente y a débil energía los equilibrios internos del átomo, también podían recibir una respuesta de la materia; pero esta innovación —de hecho esos reencuentros con la ciencia de los filósofos— no ha franqueado todavía las puertas del laboratorio. La industria de las centrales nucleares sigue utilizando todavía el choque redoblado para arrancar la energía de los cuerpos espontáneamente inestables, que se mantienen al límite de las posibilidades de equilibrio de la naturaleza. En los ciclotrones gigantes este método exige sin embargo energías tales, que no se podría conseguirlas sino rompiendo los enlaces de la fuerza dicha fuerte que asegura la cohesión de los quarks.

Las vías canónicas de la alquimia, traducidas al lenguaje de la ciencia contemporánea (ciertamente menos poética que los símbolos utilizados por los antiguos, pero por lo menos tan precisa y aceptable, mal que les pese a los que confunden tradición y trastos viejos), juegan sobre la fuerza dicha electro débil.

Nuestro arte es un arte de música, afirmaban los filósofos; lo que nos recuerda el laúd colocado detrás del mortero sobre el platillo derecho de la balanza del lienzo de Valdés Leal, y que se muestra más claramente todavía en una célebre ilustración fuera de texto de un tratado de Robert Fludd^[14], Es por tanto un arte de resonancia y no de colisiones, y la interacción entre la capa electrónica responsable de las reacciones químicas ordinarias y la arquitectura nuclear, se obtiene modulando dichas resonancias. Ya no dudamos hoy en revelarlo: sería vano guardado en secreto por amor del secreto, cuando se enseña en las publicaciones especializadas de físico-química, e incluso a veces, en las revistas de vulgarización que se encuentran en los kioscos. Sería criminal inclusive retener un conocimiento capaz de ayudarnos a cruzar la cota peligrosa a la que la técnica de los choques a gran escala condujo a la humanidad. La abertura alquímica de la materia establece tales resonancias a nivel del núcleo. Se acompaña en ciertas vías de una actividad violenta descrita como un *combate de dragones* mitológicos, que es absolutamente necesario dominar y contener. Pero esta violencia de reacción no tiene nada en común con la violación que representa el método del Sr. Rutherford y el de sus émulos.

Sin embargo, puesto que aquí es cuestión de la vía breve, deberemos poner sobre aviso a los que tengan por misión retomar la tarea y llevada a término. La explosión del crisol, o bien, para las centrales nucleares, lo que hoy se llama eufemísticamente la «excursión al corazón» o «síndrome de China», no es el único peligro contra el que creemos necesario prevenirlo.

Volvamos al cuadro de Valdés Leal. El ataúd del obispo está tapizado con una tela cuyo color rojo podría evocar a la Piedra filosofal, y que sin embargo se cae en jirones, mientras que el prelado parece congelado en un estado que ni es el de la descomposición de la carne, ni el de su total revitalización. En la materia se traduce este estado por una cristalización demasiado apresurada. Su coloración superficial puede engañar al investigador. En el Apocalipsis de Juan se simboliza a la Prostituta vestida de escarlata, y lejos de asegurar la perfección de la Obra, esta mesalina justo disfrazada con oropeles reales, atrae las impurezas y no alimenta sino a sí misma. De este modo, todo parece correr el riesgo de fijarse en una estasis que ya no participa en la evolución de la naturaleza, sometida solamente a una lenta degradación.

Los filósofos insistían en la necesidad de *apresurarse lentamente* y de *seguir las vías de la naturaleza*^[15]. La aparición de la *Prostituta escarlata* significa siempre que uno se ha salido de los caminos naturales. De modo que debemos reiterar nuestras advertencias: para quienes practiquen una ciencia sin conciencia, la tentación será todavía mayor; y no hablamos aquí de conciencia moral. Siempre es peligroso objetivar lo que se toca, creerse dueño de las fuerzas ciegas en el interior de las estructuras inertes. *Du gleichst dem Geist den du heggleichst*, replica Mefistófeles en

el segundo *Fausto*: «te parecerás al espíritu que concibes»^[16]. Lástima para quien no concibe más que un espíritu petrificado, y no una Piedra Viviente.

El artista reproduce a una escala más reducida el proceso que sustenta la evolución del cosmos, hasta eso que lo que los antiguos llamaban reintegración, ἀποκαταστασις; o transfiguración. No discutiremos aquí las interpretaciones teológicas de estos términos, y que, lo más a menudo, traducen la incapacidad del profano para anticipar el fin hacia el que tiende la naturaleza entera. Sólo los Adeptos, los Sabios y los Santos, conocían su significado exacto, pero como dice el Apóstol, «la creación entera gime en dolores de parto»^[17]. No somos dueños para cambiar a nuestro gusto las vías inscritas por el Artista divino en la estructura íntima de cada átomo del universo. El relato de la Caída en la tradición judeocristiana, o los comentarios del *Kali-Yuga* en el *Vedanta* hindú, muestran que existen potencialidades secundarias cuya expresión desordenada conduce a callejones sin salida.

Estas potencialidades secundarias juegan su propio papel en ciertas etapas del proceso cósmico. Acudir demasiado tarde o demasiado pronto, o creer alcanzarlas por una especie de atajo sin afianzar antes la preparación de la materia, basta para asegurar la concreción de los sueños de inmortalidad, de omnipotencia o de ciencia infusa. He aquí el medio más seguro para llegar a las aberraciones que la Prostituta, por su parecido superficial con la Piedra, representa como ejemplo más espectacular. En la época en que Valdés Leal realizó su pintura, la civilización española se empantanaba como resultado de una cristalización de la jerarquía eclesiástica, y por la requisición de la Obra por parte de los *oratores* y los *bellatores*, dejando a los *laboratores* en la indigencia de una muerte sin recursos simbolizada por el esqueleto casi totalmente desencarnado del tercer ataúd. Aunque revestidos con los colores de la Obra, los primeros no consiguen levantarse de la tumba, y los cuatro cráneos del osario, al fondo del sepulcro, no rematan sino un montón de osamentas secas. Sólo los emblemas que vemos sobre los platillos de la balanza tienen el frescor de la ida. Sin embargo un rayo de luz ilumina la frente del último muerto, indicando que él también espera la resurrección.

Los cuatro cráneos del osario representan las cuatro Edades muertas, el fin de un ciclo ya acabado y olvidado. Si examinamos la distribución de la luz que hace el pintor en el interior del sepulcro, comprenderemos cómo se opera la regeneración del mundo. Pero tendremos que observar antes el quinto cráneo, apenas distinto tras los otros cuatro que todos pueden ver y contar. Los cráneos así dispuestos corresponden en la obra química a los cuatro elementos, y el quinto, a la quinta esencia. Pero deberemos insistir que se trata de elementos *muertos*, reducidos al estado de osamentas. Esta afirmación sorprenderá a los aprendices que creen que la quintaesencia está activa desde el momento de su separación de lo que Hermes Trismegisto llamaba lo denso o lo espeso.

Sin embargo —y vamos a revelar por primera vez uno de los secretos del arte más celosamente guardados— para proseguir la obra más allá de la sola regeneración mineral y perfeccionarla plenamente, la quintaesencia misma debe ser purificada y separada de las superfluidades mortales. El artista interfiere permanentemente con su crisol. Muchos principiantes comprenden que, de este modo, la materia trabajada les trabaja a su vez a ellos, y les hace pasar progresivamente del estado profano al de Adepto. No es más que un aspecto del arcano. La primera quintaesencia obtenida, aunque indiferenciada, porta en sí como la marca del operador. Es éste el que introduce en ella, por resonancia, las superfluidades que todavía porta en sí mismo. Por lo tanto, todavía le queda por realizar en sí mismo una última purificación, para evitar volver a introducir gérmenes de muerte en el elemento vital.

Ha llegado el momento de revelar este secreto mayor. Hablar de ello a las claras no aumenta el riesgo, porque se trata de una barrera infranqueable. Quien quisiera transgredirla sin purificar con esta purificación, sólo conseguiría que el poder de la primera quintaesencia —quintaesencia mortífera— rebote contra él, padeciendo personalmente la catastrófica respuesta. Sabemos que las potencias militares han escudriñado los escritos alquímicos para encontrar los remedios que les preservarían de sus propias armas, y algunos, envalentonados por los éxitos obtenidos con pequeños particulares, acarician esperanzas demiúrgicas. Vaya para ellos la más caritativa de las advertencias: no basta con haber fabricado no sabemos qué *oro potable* capaz de invertir los efectos fisiológicos de una irradiación atómica, para remodelar el universo a la propia conveniencia.

Bajo su presente forma, los cráneos, o los elementos, podrían perdurar hasta deshacerse en polvo. El estado de muerte, en su último estadio, es tan estable y estéril como la Prostituta. La luz de resurrección no les alcanza directamente: inunda a los cuerpos quizá momificados, pero en los que persiste el principio de la carne, el germen de la revitalización.

Esta constatación es la llave para entender las cuatro Edades tradicionales. En el Libro de Daniel, la sucesión de los cuatro «reinos» se acaba con la irrupción de la piedra arrojada desde el cielo que viene a romper su encadenamiento. En la mitología nórdica todo se termina con el «tiempo de los lobos»^[18] y el espantoso conflicto del *ragnarök*, el «destino de los Potencias». También el *Avesta* iraní describe el combate cósmico, en cuyo decurso serán definitivamente vencidos los señores de las tinieblas. Ni los hindúes ni Hesíodo precisan cómo se efectuará el pasaje. Desde hace un siglo, la mayor parte de los exégetas han concluido con la sucesión descendente y obligatoria desde la Edad de Oro a la de Hierro y, en discrepancia con todo lo que han podido aprender en su propio crisol, ciertos autores que practican sinceramente el arte de Hermes, se han hecho eco de tales especulaciones puramente abstractas. Según ellos, el fin de la Edad de Hierro ve surgir todas las potencialidades «inútiles». Tanto

la naturaleza como la humanidad alcanzan entonces un tal estadio de desagregación y polución, que es tentador confundirlo con el *sole* alquímico. Desde aquí, por medio de un cataclismo, o por el toque de la varita mágica de algún hada hasta ahora bien silenciosa, la remontada hasta el Oro se opera de un solo golpe, para iniciarse otra vez un nuevo ciclo y una nueva declinación. Al menos el Sr. René Guénon ha conseguido convencer a sus lectores, tanto que ya no es cuestión de contemplar la tradición fuera del marco así trazado.

Sin duda el Sr. Guénon tenía un buen conocimiento de los textos del *Vedanta*, pero a menudo hemos observado que simplificaba abusivamente los datos que le fueron transmitidos. En todo caso nos parece lamentable que los alquimistas, alertados por su propia práctica en el laboratorio, no hayan rectificado una aproximación tan ingenua. Deberemos repetir: el artista se reduce a imitar a la naturaleza; sus modos operatorios son los del mismo cosmos. Incluso admitiendo que la última de esas Edades sea una putrefacción, sería muy insólito que viéramos surgir de ella espontáneamente a la Piedra, sin que interviniera antes el trabajo de la segunda y de la tercera obra. Pero si damos fe al profeta Daniel, instruido que estaba en la ciencia avéstica en la corte de los reyes medos, e inspirado de Dios, ¿qué nos describe exactamente? Las cuatro Edades o los cuatro reinos que se encadenan perdiendo a cada etapa parte de su nobleza y vitalidad, no retornan después de haber sido golpeados por la Piedra. Dejan sitio a la montaña, que acaba por llenar todo el espacio. El sueño de Nabucodonosor no describe por tanto un proceso cíclico natural, sino una de esas aberraciones análogas a la Prostituta, de las que antes hemos hablado, que se alejan de las vías de la naturaleza. La ineluctable degeneración de las «cuatro Edades» señala el descarrío de una Obra que no puede concluir —si la dejamos proceder— sino en el cúmulo de osamentas secas pintada por Valdés Leal. Si este proceso arranca accidentalmente, es muy difícil, por no decir imposible, intervenir antes de que llegue a una conclusión. En ese momento, el estado caótico resultante permite al artista una mayor amplitud, y se le ofrecen varias vías de rectificación, de las que encontramos eco en los filósofos de la Edad Media y entre los autores árabes.^[19] Por otra parte, no aconsejamos otra técnica en el crisol a los imprudentes que hayan sobrepasado sin quererlo *las reglas del arte*, y que por ello se encontrarán bien escocidos.

Una de estas vías, lenta pero bastante segura, consiste en «remontar» de Edad en Edad hasta recuperar las condiciones que prevalecían antes del error de manipulación; no queda sino retomar correctamente el trabajo inacabado. Daniel evoca otra posibilidad. Consiste en tomar la Piedra ya obtenida en otro crisol, e incorporada a la materia descompuesta; pero tras ello hará falta purificar de nuevo esta Piedra aumentada, si acaso no había alcanzado un grado suficiente de perfección. En fin, una de las soluciones consistirá en dejar hacer a la naturaleza, que es lo que

describe el *ragnarök*: las fuerzas disolventes se combaten hasta agotamiento, pero, como al mismo tiempo está en marcha el perfeccionamiento del universo, puede aparecer una materia nueva, reemprendiéndose el trabajo desde su inicio. Sin embargo, el parecido superficial de este proceso con la obra al negro, ha engañado a más de un filósofo.

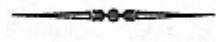
Un pasaje del *Desiderabile* atribuido no sin buenas razones a Nicolás Flamel, que distingue en la obra cuatro colores, podría inducir a error al despistado, haciéndole pensar que, en cualquier circunstancia, la remontada de las Edades representa el camino alquímico: «Nuestra agua toma cuatro colores principales: la negra como el carbón, la blanca como la flor de lis, la amarilla semejante al color de los patas del esmerejón, y la roja parecida al color del rubí»^[20]. Si se tratara de los colores simbólicos de las Edades, habría que invertir el amarillo del Bronce o del latón y el blanco de la Plata. A decir verdad, el color amarillo que se desliza entre la segunda y la tercera obra, representa haber alcanzado el éxito por vía breve. En ésta, a causa de la potencia de la operación, que de escapar al control del artista podría devastar más que su laboratorio, la Piedra no debe ser exaltada más allá de un color azafranado claro. Cuenta la leyenda budista que el rey Azoka se quedó de tal modo aterrado por haberlo elevado hasta el naranja, que prohibió imitarle a todos sus súbditos, y quemó los textos cuyas indicaciones le habían permitido llegar hasta allí.

Tenemos que proclamarlo con toda fuerza: la aparición del ciclo de las cuatro Edades es *siempre* consecuencia de un error, o bien de lo que el Génesis describe como pecado original. Como con la Prostituta escarlata, pero en una modalidad inestable y por tanto más fácilmente rectificable, se trata de un accidente que interviene cuando se quiere tomar un atajo y saltarse una etapa necesaria. En el crisol se habrá perdido el tiempo, y a menudo años de trabajo que se convierten en vanos. Pero una falsa interpretación del ciclo de las cuatro Edades, o, peor, la tentación de obtener un resultado estable antes de que el fruto esté maduro, son de lo más temible en la alquimia humana. Los pintores del Renacimiento que representaban a Adán y Ea al pie del árbol del «conocimiento del bien y del mal», les hacían tender la mano hacia un fruto todavía verde. El primer error va a provocar la llegada del cataclismo, suponiéndole necesariamente salvador; lo más a menudo sólo generará sufrimientos inútiles. El segundo, la voluntad de salir del tiempo histórico cuando nada se ha conseguido todavía, ha petrificado civilizaciones enteras de las que no quedan sino muros enterrados en la arena y tumbas expoliadas. Sometidas a la decadencia de las cuatro Edades o cristalizadas al modo de la Prostituta, las civilizaciones, reemplazadas por otros pueblos, desaparecen para siempre.

El fin de este siglo ve resurgir a las dos tentaciones juntas: la de acabar con la civilización «occidental» con una triunfal salida de la Historia, y la de acelerar un

proceso degenerativo con la esperanza de alcanzar mecánicamente, gracias al cataclismo, una nueva Edad de Oro. La conjunción de estos peligros, junto con una maestría incompleta de los poderes de *Sekhmet-Path*, podría arrastrar a la humanidad a un desastre irreparable. Felizmente existen límites a lo que está permitido, cuya transgresión no le es posible al hombre. El autor del *Libro de Job* lo dice claramente: «Aquí se rompe la soberbia de tus oleajes»; y el salmista insiste: «Pusiste un límite que no sobrepasarán»^[21]. Pero, como ocurre en el cuadro de Valdés Leal, si la intervención de la mano divina es indispensable para la regulación cósmica, cuanto más profundo sea el desequilibrio alcanzado más duras serán las oscilaciones que repondrán a los platillos en su posición óptima. Como ya lo había sentido el Sr. Bergier no sin una cierta profundidad, el mito de la Atlántida, tal como lo describen los ocultistas y los novelistas desde hace un siglo, no sólo evoca antiquísimos traumatismos colectivos, sino que también nos previene de un posible futuro catastrófico para cuya venida, desgraciadamente, algunos están ya trabajando.

LA INVERSIÓN DE LOS POLOS



Cuando brevemente comentábamos el obelisco de Dammartin-sous-Tigeaux, lo descifrábamos a partir de las Escrituras^[22] y de la tradición griega. Aseguran que el mundo pasa alternativamente por el agua y por el fuego purificadores, con intervalos que estimábamos de «mil doscientos años». Evidentemente no había que tomar literalmente este último número: no éramos tan ignorante como para pensar que un diluvio —y sobre todo el diluvio bíblico— habría devastado el planeta en los alrededores del año 700. Aun así es verdad, si aceptamos el testimonio del cronista Gregorio de Tours, que los dos siglos durante los cuales reinaron sobre los Francos los reyes de la primera raza, habrían visto numerosos trastornos climáticos y cósmicos tales como auroras boreales sobre las Ardenas, caída de meteoritos inflamados en el golfo del Morbihan, o la sumersión del bosque de Avranches formando, desde entonces, la bahía del Mont-Saint-Michel. Estas convulsiones limitadas no podrían compararse con una purificación integral de nuestro globo^[23]. Nos sonrojamos por tener que precisar unos puntos tan elementales, pero las glosas, cuando por azar llegamos a conocerlas, nos hicieron caer en una mezcla de hilaridad y de furor. No por ello habrían merecido una sola línea de rectificación pública, si no hubieran contribuido a mantener la expectativa malsana de un cataclismo inminente. Expectativa exacerbada por aprendices demiúrgos que no son más que sopladores; pero desgraciadamente sopladores muy peligrosos.

¿Qué es, pues, un año para el alquimista que sigue las enseñanzas de la naturaleza, sino un ciclo que abraza la totalidad del zodíaco? De tal modo se calculará, según las necesidades, el año solar y el año precesional, los años planetarios y los draconíticos que regulan los eclipses, y también esos largos años que recorre el Sol Negro y que los griegos designaban con el mito de Faetón. Los mil doscientos años que evocábamos antes sin haber precisado la unidad de base representan, por tanto, la elevación del zodíaco a una potencia y perfección del orden de las centenas, un número simbólico a la manera del Libro de Daniel o del Apocalipsis, cuando San Juan habla de los mil doscientos días durante los cuales el hijo varón será alimentado en el desierto.

Sin embargo no habíamos observado aun en nuestro crisol la última revolución, y éramos tributarios para nuestros comentarios de las incertidumbres y perspectivas de la época. Cuando remitimos a Eugenio Canseliet el manuscrito de *Las moradas filosóficas*, los geólogos acababan justo de descubrir, inscrita en la memoria de las rocas, la alternancia enigmática del norte y del sur magnéticos a lo largo de las edades. Teníamos razones para pensar que una tal inversión se explicaba por haberse

volteado toda la esfera sobre su propio eje, lo que no sucedería sino acompañado de espantosos cataclismos. Las revoluciones magnéticas que también se producen en el crisol, se observan alquímicamente de modo más fácil en la vía breve que en las demás. Tuvimos la intensa sorpresa de constatar en nuestras operaciones que no se producían fatalmente esos sensibles sobresaltos convulsivos, si el campo se transformaba en trabajo alrededor de la materia. Después, conocidos con mayor precisión por los progresos de la ciencia geológica los misterios del *fuego central*, sabemos que la inversión de los polos magnéticos no significa la rotación de la masa planetaria. Por tanto, la doble helicoide del obelisco de Dammartin-sous-Tigeaux no simboliza la marcha aparente del sol, como lo habíamos supuesto imprudentemente, sino, relacionándolo con el movimiento del sistema entero hacia su ápice, la doble espiral magnética interna a nuestro globo y la formación temporal de un tetrapolo.

Este conocimiento es reciente. Un artículo de los Sres. Valet y Courtillot^[24] describe con inteligencia la historia geomagnética de nuestro planeta junto con algunas de sus causas. No queda sino sacar las conclusiones de lo que ellos han situado tan bien bajo los ojos del lector. Vemos en sus diagramas sucederse rápidamente la inversión de los polos, y después, cesar éstas durante larguísimos períodos de cerca de cien millones de años solares, a saber, un cuarto o una estación de la rotación media de nuestra galaxia. Cuando, luego de tales paradas los polos reinician su danza, esta nueva puesta en movimiento coincidirá, tal como nos muestra la paleontología, con la renovación drástica de la fauna y la flora, al mismo tiempo que parecen situarse entonces las convulsiones volcánicas y las inundaciones purificadoras. Dos de estas estasis han sido fechadas con una precisión suficiente. El fin de la segunda corresponde a la extinción de los grandes saurios de la era secundaria.

Desde la aparición de la actual humanidad, pese a que nos encontremos a escala geológica en una fase de alternancia rápida, la Tierra no ha conocido sino una breve inversión de polos. Hemos calculado la fecha aproximada gracias a los diagramas de Valet y Courtillot: el movimiento que volvió a situar al polo magnético en los alrededores del norte geográfico, tuvo lugar hacia el año 8000 a. C. Entonces la humanidad dejó tras sí la vida salvaje de cazadores nómadas, domesticó a los animales, cultivó el suelo, construyó las primeras aldeas y, de este modo, cimentó el germen de las grandes civilizaciones históricas. Esta coincidencia no es la del solo azar. En el breve tiempo en que las líneas de fuerza del campo magnético terrestre se despliegan como una rosa mística, significa que el hombre se despierta a una conciencia superior. Traducir en obras este despertar le ocupará, sin duda, toda la duración del siguiente ciclo.

Escrutando de este modo el pasado de la tierra como los físicos sondean las profundidades de los mares, los geólogos vuelven a descubrir algunos fragmentos del

secreto del Gran Arte cuyo crisol es la naturaleza y el Artista el Creador mismo. Pese a la inconmensurabilidad de la escala de los tiempos, el ritmo de revolución de los polos magnéticos terrestres reproduce, con asombrosa exactitud, el ritmo que se observa en la vía breve: mil años son para Dios como un día, dicen el salmista y el Apóstol^[25]. De modo que el Artista creador conduce su Obra cósmica según la vía breve; en relación con las vías de la naturaleza, en las vías más lentas el trabajo del alquimista, aunque más fácil de dominar, introduce un ligera desviación rítmica, margen que hay que corregir con las numerosas purificaciones de la Piedra. Cuanto más se acerque el ritmo al modelo divino, más sensibles serán las fases iluminadoras, comparables en nuestra escala al despertar del neolítico.

Cada una de las revoluciones de los polos magnéticos se acompañan, según parece, con perturbaciones en los climas y en las tierras. Al iniciarse el movimiento de inversión hacia el año 10.000 a. C., ocurrió el fin de la última era glacial. Los bancos de hielo retrocedieron, mientras las aguas marinas se inflaban progresivamente y sumergían las zonas litorales. Ahora bien, se trata de la fecha dada por los sacerdotes de Sais al legislador ateniense Solón para la desaparición de la Atlántida, según el testimonio de Platón.

A comienzos de este siglo todavía podíamos prestar fe al relato del gran filósofo que situaba la isla maravillosa «más allá de la columnas de Hércules», atribuyéndole una superficie «más grande que Asia y Libia juntas». El esfuerzo de los arqueólogos nos ha convencido de que los sacerdotes de Sais tenían un conocimiento parcial de sus propios archivos, y que confundían dos cataclismos de un alcance incomparable. La lucha de los «atlantes» con los primeros atenienses, los ejércitos diezmados por el maremoto e incluso la reunión anual de los príncipes, se refieren a acontecimientos mucho más recientes: a la explosión de la isla volcánica de Santorín (Θηρα) a comienzos del siglo xv antes de nuestra Era. Más mortífero que el Krakatoa, la erupción del Santorín abismó Egipto y el Asia menor en una oscuridad que duró varios días, mientras que una ola alta de doscientos o trescientos metros asolaba las costas del Mediterráneo oriental. La brillante civilización minoica no levantó cabeza, y los aqueos, antes de combatir una Troya igualmente debilitada, hicieron tributarios a los príncipes mercaderes del Egeo. Pero más allá de este reciente cataclismo, todavía dominaba en el templo de Sais la memoria de convulsiones oceánicas y la de una submersión que intervino milenios antes, «allende la columnas de Hércules». Podría tratarse del cataclismo que, debido a la crecida de las aguas oceánicas y a la actividad sísmica que acompaña la inversión de los polos, abrió el estrecho de Gibraltar. Notemos que también ocurría en esta misma época la submersión del delta del Éufrates, dando lugar al Golfo Pérsico.

Esa Atlántida que naufragó con ocasión de esta ruptura, fuese isla o costa, ¿sustentaba ya una civilización comparable con las que, ulteriormente, debían surgir

sobre el perímetro del Mediterráneo? Hoy todavía es imposible tener una seguridad en este tema. En cambio, si no la memoria del pasado, la Atlántida que reconstruyeron hace un siglo los poetas, novelistas y ocultistas, atestigua de una angustia premonitoria. No importa que esa Atlántida venga acicalada con los atuendos del renacimiento veneciano, las sutilidades de Bizancio o que resuene con las conchas marinas de Cnossos: condensa en sí todas las civilizaciones desaparecidas por haber querido transgredir el límite alquímico del que hablábamos antes; por utilizar una quintaesencia mancillada de impurezas. Los autores que entonan su canto fúnebre coinciden con este punto esencial: la Atlántida se habría venido abajo por el abuso cometido por sus sacerdotes-magos sobre la materia y sobre las almas. El Sr. Bergier veía en este mito una «resaca del futuro»; la anticipación del destino de nuestra propia civilización^[26]. Cuando escribía esas páginas, muy pocos otorgaban crédito a las ciencias tradicionales. Su advertencia caía en el vacío.

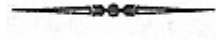
No ocurre lo mismo en nuestros días: todas las ciencias modernas se acercan peligrosamente a la alquimia. Peligrosamente —decimos. La opción de especialización les hace redescubrir fragmentos dispersos del conocimiento hermético, alejándolas de la síntesis que únicamente permitiría abordar, con la conciencia y prudencia suficientes, los aspectos más peligrosos del arte. Los alquimistas que nos precedieron tuvieron el discernimiento de trabajar únicamente sobre cantidades muy pequeñas de materia, no porque el instrumental de laboratorio fuera entonces demasiado primitivo, sino porque sabían hasta qué límite podían seguir controlando su trabajo, siendo hombres imperfectos. Si necesitaban cantidades superiores de elixir, *como* sucedía a los médicos en tiempo de peste, reiteraban el trabajo, siempre en la medida de sus fuerzas, hasta que hubieran completado sus reservas. Los evangelistas que testimonian la transfiguración de Cristo nos dicen que los discípulos cayeron rostro a tierra, incapaces de soportar la intensidad lumínica que emanaba de Él, aunque la manifestación de ese fuego de fuegos y de esa claridad de claridades no duró ni siquiera el tiempo necesario para que el apóstol Pedro pronunciara una sola palabra^[27]. Imaginemos por tanto un fuego menos perfecto, pero por lo menos tan intenso, desencadenado por imprudentes sopladores que lo alimentan además durante meses porque, a causa de su misma imperfección, es de momento más soportable...

La dificultad de la alquimia reside en la medida necesaria, en la graduación de esos *fuegos secretos* que, si pueden llevar la transmutación a su madurez y término, pueden lo mismo provocar la explosión del crisol, la aparición del ciclo de las cuatro edades y el de la misma Prostituta. ¡Qué razón tiene Valdés Leal, que en su cuadro da un lugar central a la ponderación, *ni más ni menos*! En cualquier caso y todo considerado, sería mucho mejor un fuego demasiado débil: el aprendiz no obtendría nada o como mucho estados aberrantes, que pronto se convertirían en materia muerta

ordinaria. La falta de paciencia, la voluntad de obtener resultados imaginados por adelantado, muy lejos de las potencialidades de regeneración de la naturaleza, o en fin, la loca sed de un poder demiúrgico, llevan lo más a menudo a intensificar los fuegos más allá de lo necesario, como si su intensidad compensara la inmadurez de la obra. La última de las amas de casa sabe muy bien que, si aumenta el calor de la plancha para alisar una arruga recalcitrante, corre el peligro de chamuscar el tejido, y que, si insiste, la quemadura podrá ser irremediable. Más vale humedecer la ropa y secada con suavidad. Pero las lecciones de esta sabiduría práctica son quizás las más difíciles de transmitir a esos sopladores poderosos, poderosos de y en este mundo, ebrios de sus pasiones, nutridos de todas las quimeras que evoca en el profano el término mismo de alquimia.

En el siglo de Luis XIV los sopladores soñaban con llenar sus bodegas con montones de oro, compitiendo así con el vano esplendor de los reyes. Las necesidades de hoy apenas son menores y menos ingenuas, aunque resultan considerablemente más siniestras. Es del poder oculto sobre el alma del mundo y la de los pueblos de lo que se embriagan, usando para conseguido, indiferentemente, los medios triviales de la política o de la economía, y los conocimientos surgidos de una ciencia rebosante. Por un lado se osa tocar al germen de la vida fabricando, para propagar el terror, virus con efectos incurables para la medicina ordinaria —algunos tan fulminantes que ni siquiera la medicina universal tendría tiempo de operar. Por otro lado se simula la inversión de los polos magnéticos o se efectúan distorsiones sobre el campo terrestre, para traer a las multitudes a estados de hipnosis, de disponibilidad mediúmnica o de furor ciego. O se ataca deliberadamente la regulación del clima y del tiempo. Se pervierte, en fin, la teurgia, y se invocan monstruos que ni los magos asirios más degenerados habrían osado sacar de sus abismos. Los atlantes míticos se arriesgaron a estas prácticas degradantes a plena luz; los sopladores reales de hoy, añaden a la perversión de las prácticas, la del secreto.

EL SECRETO ALQUÍMICO



Recordamos haber escrito: «La alquimia es oscura porque está escondida. Los filósofos que quisieron transmitir a la posteridad la exposición de su doctrina y el fruto de sus trabajos, se libraron bien de divulgar el arte presentándolo bajo una forma común, para que el profano no pudiera darle un mal uso»^[28]. Esta regla de ocultación duró siglos si no milenios, sin que ningún filósofo la transgrediera. El mantenimiento del secreto, el uso de una lengua oscura, los símbolos y la cábala fonética de la que ya hemos dado suficientes ejemplos en nuestras obras precedentes, se justifican por la distancia entre los conocimientos alquímicos y las preocupaciones del mundo. Todavía en la primera mitad de ese siglo, podíamos afirmar: «la química es la ciencia de los hechos, como la alquimia es la ciencia de las causas»^[29]. Había que mantener el velo sobre los arcanos más fundamentales; la utilización de la química en los horrores de la guerra de trincheras, no podía sino incitarnos a ocultar el temible potencial que se embosca en las profundidades de la materia más humilde.

Desde entonces la ciencia moderna, que ha franqueado los límites que la separaban de la alquimia, comienza a interesarse por las causas más que por los efectos puramente materiales. Hemos visto descritos en revistas de vulgarización algunos de nuestros pequeños particulares, y también algunas fases de la obra. En estas condiciones ya no tiene utilidad usar un lenguaje simbólico, tanto más cuanto que su empleo perverso —tentación tan temida por los filósofos— se ha vuelto el juego cotidiano de las potencias militares y de sus servicios especiales. Algunos alquimistas se siguen aficionando a las metáforas tradicionales por un sentimiento estético, o para salvaguardar las claves de lectura de los antiguos tratados; y no hay en ello sino la elegancia de los dandies^[30]. No desconocemos la necesidad de preservar los pocos últimos secretos que permanecen oscuros para la ciencia profana, y no tenemos la intención de facilitarles la faena a los bárbaros. Pero, obedeciendo al espíritu que animaba a los antiguos filósofos, antes que a la letra que mata, los tiempos actuales requieren hablar alto y fuerte. Cuando el ladrón está ya en la casa, de nada sirve echar los cerrojos.

El secreto se vuelve el manto de sombra que rodea a los que, desbaratadas las precauciones de los alquimistas del pasado, han descifrado, gracias a los trabajos de físicos y biólogos, los indicios que aquellos dejaron. Mientras que las ecuaciones de los unos, o los símbolos mitológicos de los antiguos Adeptos, no sean inteligidos más que por un puñado de hombres, esos bandoleros se reservarán el poder que da la comprensión de las causas, y reducirán a los pueblos a la peor de las servidumbres: la del alma. Su casta y soberbia busca reinar desde una fortaleza inexpugnable rodeada

de lo que Sir Winston Churchill llamaba una «muralla de mentiras». Escribir ahora en lengua oscura, confortaría perfectamente sus artimañas. El deber actual de un alquimista consiste en revelar lo que estos salvajes han sustraído, dando a sus víctimas los medios de asegurarse su propia protección.

Vemos claramente la dificultad de la tarea, puesto que no basta con lanzar advertencias, como algunos hacen. El artista descubre en su laboratorio que un estrecho lazo, espiritual, emocional y físico, se establece entre su ser y la substancia que borbotea en su crisol. Gracias a los obstáculos encontrados constata qué debe apaciguarse y qué rectificar en su misma persona, para seguir siendo capaz de guiar al mineral hacia su perfeccionamiento. Y ésta es a menudo la tarea más ruda. Aprende a rozar, sin caer, los abismos de la sinrazón, cuando las emanaciones magnéticas vienen a perturbar su equilibrio psíquico. Pero ¿cómo proponer como remedio a los hombres ordinarios, a los que se impone artificialmente parecidas condiciones, esta ascesis larga y difícil? La ignorancia, la incredulidad, lo difícil de la tarea, los desanimarán tanto más cuanto que no están acostumbrados a las habilidades de introspección que se requiere. También aprende el alquimista hasta qué punto resiste la materia si, por inadvertencia, fuerza su evolución. Y es esta resistencia la que se trata de favorecer.

El secreto alquímico no se limita a la necesidad de alejar a las almas malvadas de un poder que sólo hay que usar con el mayor respeto. Las metáforas amorosas con las que los antiguos filósofos esmaltaban sus escritos, traducen el grado de intimidad que se establece entre el artista y su obra, y que ninguna ecuación podría expresar. San Mateo, que nos relata las enseñanzas de Cristo sobre la montaña, es su mejor intérprete: «Cuando ores, entra en tu cámara, cierra la puerta y ruega a tu Padre que reside en lo secreto»^[31]. A su vez Valentín Andreae, en sus *Noces chymiques*, precisa que Christian Rosenkreutz comete una falta contemplando a Venus en su desnudez, sin haber sido invitado^[32]. Conviene extender el velo del pudor y del silencio sobre estas bodas, que son los que permiten que ellas sean verdaderamente operativas. Dudamos que los sopladores con intenciones demiúrgicas puedan alcanzar la intensidad de tales esponsales. Su relación con la materia no puede reflejar sino su voluntad de someterla; la tratan como a esclava y no como a amante, y si consiguen arrancarla bastante sumisión para evitar volverla estéril, no obtienen sino una piedra imperfecta, capaz sin duda de obrar alguna transformación en la estructura metálica, pero muy alejada de la *medicina de los sabios*. Para llegar a la perfección de la obra necesitarían, en primer lugar, curarse de su propia lepra de orgullo.

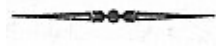
Ahora bien, si la medicina imperfecta consigue frenar durante un tiempo la decrepitud corporal, o reparar los accidentes que amenazan la vitalidad del hombre, acaba siempre por revolve contra su genitor.

La leyenda de Fausto lo ilustra con abundancia: el recurso a Mefistófeles, que se presenta a sí mismo como «el espíritu que niega siempre», le procura la ilusión de la

eterna juventud, sólo hasta la caída final en el espanto y el abandono. El nombre de Mefistófeles está construido a partir de una cábala fonética en griego. Comienza con la negación Μη; tras ella podemos oír la raíz φης-, futuro del verbo φημι, que significa afirmar, aconsejar, mandar: el poder que él hace refulgir, se ve negado antes de que Fausto lo saboree; la terminación del nombre construye un sustantivo alrededor del verbo τυφωω, volver orgulloso. Para el imprudente alquimista que lo evoca en la desesperación de sus fracasos, ya son temibles las consecuencias de la llamada a Mefisto, pero también desencadenan en el crisol un cataclismo incontrolable: φύσις, la naturaleza, o, mejor, la fuerza del crecimiento interno, se exagera en τυφω, que se enardece en τυφον, el tornado, de donde viene nuestra palabra tifón. Además φυσα designa el soplo, el viento o la arrogancia. Quien siembra vientos recoge tempestades, dice la sabiduría popular. La que promete el espíritu negador, será una tromba de fuego que se revolverá como castigo preparado por la justicia divina contra quien intente imponerla al universo.

Se trata bien de la quema purificadora de la que habla el apóstol Pablo evocando los últimos días, cuando dice que no morirán todos, pero que todos serán transformados; que, probadas sus obras, el hombre será salvado como a través del fuego^[33]. Mientras no llegue la hora fijada para la Tierra, el tornado ígneo no podrá extenderse, y sólo devorará a los que, en su orgullo, lo hayan evocado. Por tanto, que se afiancen los corazones. Los falsos profetas hablan de paz, y habría que armarse para el combate^[34]; aterran a los débiles con el anuncio de las llamas, que sólo quemarán a los que las desencadenan. ¡Basta de cometas deletéreos, meteoritos vagabundos, estaciones espaciales erráticas, en tanto que el Ángel no haya desenvainado la espada del Juicio! ¿Acaso no está escrito que «nadie conoce el día ni la hora, salvo el Padre que está en los cielos»^[35]? ¡Basta de traicionar al viejo Nostradamus! ¿Acaso no impuso silencio a los orgullosos y a los necios^[36]? Como lo hemos escrito, conviene esperar con sangre fría la hora suprema^[37]; pero nunca recomendaremos espantar a los pueblos con cuentos de la vieja, ni nos atreveremos a asignar una hora humana al Fin de los tiempos. Ya es bastante para el alquimista, que guste las primicias cuando la trompeta resuene en su crisol.

CONFUSIONES REFERENTES AL SUJETO DE LOS SABIOS



Los alquimistas han obrado sólo, desde siempre, sobre la materia mineral: es mucho más que una regla del arte. No que la alquimia no pueda operar sobre otras materias, y ya hemos visto que se aplica al gobierno de las sociedades humanas. Pero aunque la inspiración divina, que estableció a los primeros maestros del hermetismo, les permitió saborear el conocimiento en toda inocencia, no por ello levantó la prohibición sobre el Árbol de la Vida. Algunos boticarios han sabido superar las recetas espagíricas, extrayendo de las plantas remedios verdaderamente quintaesenciales. Sólo conocemos a tres que han practicado sobre el vegetal según el arte de Hermes, y dejado algunos tratados: Hildegarda de Bingen, Paracelso y, en este siglo, Armand Barbault. Si ha habido otros, como así lo sospechamos entre los grandes médicos árabes o judíos, tal como Geber o Ibn Kaldûn, trabajaron en un secreto más absoluto que los filósofos químicos, no dejando a la posteridad sino las recetas de algunos pequeños particulares, útiles, pero que no necesitaban una iniciación más avanzada.

Tales maestros son todavía más raros que los Adeptos del arte metálico. Si tienen el permiso para trabajar el vegetal, es porque Dios dio a los animales y al hombre como alimento, en primer lugar, los frutos y las hierbas; y colocó a Adán en el jardín del Edén «para cultivarlo y guardarlo» como se dice en el Génesis. Cuando Caín intentó recuperar esta obra vegetal fuera del Edén, no consiguió sino ofrendas impuras, y sus descendientes, Yubal y Tubal-Caín, sólo pudieron trabajar el arte de la música y el de los metales. Sin embargo, vemos a Noé plantar la vid al salir del Arca, entregándose, con la invención del vino, a un trabajo más próximo a la alquimia que la sola espagiria. Pero ningún hijo de Hermes fue autorizado nunca a practicar sobre el mismo animal, o sobre las secreciones de los cuerpos vivientes. Los menstros, leches, orinas o lágrimas que encontramos en los textos alquímicos, deben tomarse de modo metafórico, como tropos para las exudaciones minerales.

Hasta el siglo XVIII, la prohibición se extendió también a la ciencia profana, aunque ligeramente atemperada, ya que para la mayor parte de los espagiristas y artesanos era lícito el uso de cueros, orinas, grasas y hasta, en contados casos, de la sangre de los animales sacrificados para las necesidades humanas^[38]. Para asegurar la subsistencia de una humanidad privada de sus recursos anteriores, no estaba permitido ir más allá de la autorización dada por Dios después del Diluvio, y de utilizar a los animales como alimento, término que hay que entender significando necesidades vitales. Con todo vemos a Moisés reglamentando severamente el uso,

sometiéndolo a rituales de expiación. Los libertinos que se reclamaban de las «luces», tuvieron el mérito de rechazar numerosas supersticiones y obstáculos acumulados por la costumbre, la pereza o la incompreensión de los antiguos reglamentos; pero también cometieron la imprudencia de romper los lindes que Dios puso para la gestión humana, y entre éstos, la prohibición de incentivar la investigación sobre los seres vivientes más allá de las necesidades. Las experiencias de Galvani ni servían a la medicina ni a la física naciente; Volta fue más útil en lo que concierne a la electricidad. Todavía no se trataba más que de actos aislados. Finalizando el último siglo, vimos a médicos renegar del juramento de Hipócrates e infligir verdaderas torturas eléctricas a los pensionistas de asilos y de cárceles, sin hablar de animales vivos, bajo pretextos de investigación; y comprendimos así que la ciencia profana bordeaba los abismos. Ahora bien, no teníamos ninguna señal de que Dios hubiera levantado su prohibición de tocar al Árbol de la vida.

Admitamos en último término que valga más ensayar los nuevos medicamentos sobre cultivos virales *in vitro*, que hacerlo de entrada en los hospitales; y admitamos todavía que se comprueban los remedios con monos o con ratas: se podría justificar tales sacrificios con el alivio que más tarde aportarán a los enfermos. Pero cuando se torturan conejos en las fábricas de cosméticos, o se descerebran gatos para establecer ritmos del sueño perfectamente conocidos en el hombre con métodos más suaves, entonces la justificación es pura hipocresía. ¿Quién va a creer que sea una necesidad vital lacar el cabello de las mujeres? Escapa a nuestro entendimiento —debemos confesarlo— la utilidad de esa esclavitud que consiste en implantar electrodos en el cerebro de animales y de seres humanos, para dirigir su comportamiento por medio de emisiones hertzianas. Insensiblemente, al acceder a tratar a los seres vivos a ejemplo del mineral, aun manteniéndose a nivel de las ciencias profanas, los sabios se transforman en verdugos. La prohibición divina tenía por objeto, en primer lugar, impedir esta abominación, con la que el hombre pierde mucho más de lo que pueda ganar su insaciable curiosidad.

Cada uno sabe o presiente que con la ingeniería genética se franquean los últimos límites, como lo prueban los angustiosos debates de los legisladores y de los comités de ética. Los biólogos fabrican nuevos virus como los espagiristas hacían oro, pudiéndose aplicarles el adagio que dice que *es más fácil de hacer que de deshacer*. ¿Cómo han osado los médicos transgredir su juramento más solemne, hasta el punto de investigar armas de exterminio, y no los remedios para el sufrimiento humano?

¡Que no se nos diga que se trata de los últimos asaltos del *Kali-Yuga*, de una manifestación obligatoria de la degradación cíclica! ¡No! Esta transgresión va mucho más allá del desorden causado por una situación de decadencia. Lo que comprobamos, es una alquimia invertida que se acerca peligrosamente al irremediable pecado contra el espíritu, y los que justifican tales abominaciones,

amontonan carbones encendidos sobre su propia cabeza. La presente pasividad traduce la impotencia de las gentes para deshacerse de un puñado de demiurgos dementes; si consiguieran de ellos más todavía, el asentimiento del corazón, entonces el planeta lo tendría listo; entonces sí que se abatiría el diluvio de fuego, o algún astro errante destruiría por colisión el nido de escorpiones en el que se habría convertido. Habrían bastado diez justos para salvar Sodoma, y por justos Abrahán entendía hombres cuyo corazón se negara a violar a los Ángeles; no seres perfectos ni santos. Lot se comportó como un aldeano marrullero, pero sin perder el respeto por sí mismo ni por los demás, y sabiendo dónde situar los límites puestos a los hombres^[39]. En este sentido, se encontrarían más de los diez justos necesarios para retener la mano divina.

La ingeniería genética se encuentra en sus primeros y blasfemos balbuceos, pero ya no se trata únicamente hoy en día de un saber empírico. Sin embargo le falta aun el conocimiento esencial, sin el que cualquier tentativa de obra alquímica se desviará fatalmente hacia la inversión (y eso siempre que el fracaso repetido no le ponga fin): la revelación divina de la perfección a alcanzar. Desde el instante que enciende su primer fuego, el hermetista que intenta realizar la Gran Obra sabe que busca la quintaesencia. Aunque no tengan sino una vaga premonición de lo que ésta pueda ser, se dejará guiar por los escritos de los antiguos y las indicaciones de sus maestros. Hasta los arquimistas^[40] de antaño buscaban alcanzar el oro y la plata, arrancándolos de la ganga de los cuerpos vulgares, sabiendo de oídas que eran los metales más nobles. Pero la prohibición de trabajar sobre la materia animal tiene por corolario la ignorancia que todos tenemos de lo que podría ser la perfección en este reino, y del proyecto divino hacia las ranas, saltamontes, gatos, perros, ballenas o jirafas.

A este propósito, los mitos sumerios o griegos, y el *midrash* hebraico, contienen advertencias clarísimas de lo que cabe esperar de un trabajo inconsiderado sobre la materia viva. Cuando una vez acabado su tiempo, por accidente o rebelión sale de su reposo *Tiomat*, *Γη* o *Lilith*, que simboliza la *materia matrix* de los orígenes, no engendra más que monstruos ávidos de vida humana, tales como hidras, gorgonas, vampiros o quimeras. Entre los sumerios fue necesaria la reunión de los dioses para acabar con ellos, mientras que los griegos dejaban a los héroes nacidos de la unión de un dios y una mortal, el trabajo de matar a los monstruos. No hay mejor manera para afirmar que las fuerzas humanas no bastan para deshacer las producciones anárquicas de la *matrix vitae* imprudentemente liberada. Dejemos que se extiendan las plantas transgénicas: si al final sus efectos se revelarán mortales, ¿cómo asegurarse, aun arrancando todas las plantas conocidas, que ningún polen hubiera transmitido sus genes supernumerarios a otros campos, o a alguna variedad silvestre, o que no lo hayan libado las abejas? ¡Al menos la hidra de Lernio hacía que todas las cabezas salieran del mismo cuerpo!

La vida forma un todo, como ya lo han descubierto los ecologistas. No hablamos de los movimientos políticos, sino de los sabios que observan la imbricación de los reinos y los ciclos naturales de transformación. Los genes introducidos en el maíz para alejar a los insectos «parásitos», tienen como primera consecuencia incitarlos a modificar sus propios genes para seguir alimentándose. Poco a poco, de reacción en reacción, ¿hasta dónde vamos a llegar? Nadie sabría predecirlo; como nadie sabría anticipar las mutaciones correctoras que exigirá la prosecución de la Obra divina, hombre comprendido. ¿Cuándo se entenderá que la prohibición que gravita sobre el Árbol de la vida está para nuestra propia salvaguardia, y no por ningún capricho tiránico?

Nuestra intención no es la de los «tradicionalistas» inamovibles, para quienes la sabiduría consiste en retornar a los modos de vida o pensamiento y a las técnicas que conocían nuestros abuelos..., en cuyo caso también habría que guarecerse en cabañas hechas de cortezas y tallarse cuchillos de sílex. Más bien, el esfuerzo desplegado para forjar las civilizaciones, aumentar el saber y el saber hacer, debiera arrancarnos gritos de admiración. Tanta ingeniosidad, tanta labor paciente y tanto valor, no son pura vanidad, y ya hemos dicho anteriormente hasta qué punto los sabios profanos merecen nuestro respeto. La prohibición de la que hablamos no significa que Dios prefiera a los ignorantes: ¿acaso habría colocado tanta curiosidad en el corazón del hombre si sólo hubiera querido un animal devoto? Nuestros primeros padres recibieron el dominio de todos los reinos inferiores, y por tanto la licencia para descubrir las leyes que regulan en un cosmos que el Creador ordenó con «número, peso y medida». La complejidad misma de las trabazones ecológicas, no nos deben disuadir de su estudio.

El problema de la prohibición y el de su transgresión es mucho más sutil que una simple barrera moral. Interrogado por los saduceos sobre el sentido de la resurrección, a través de una casuística llena de trampas a propósito del matrimonio, Cristo responde con una frase a la que conviene conceder todo su alcance: el hombre —dice— llegará a ser igual que los Ángeles^[41].

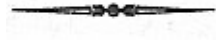
Le correspondería por tanto realizar para sí y para la naturaleza un trabajo angélico de la que la alquimia es el germen o la anticipación. Tal obra no podría llevarse a cabo a ciegas. No solamente *nada se puede hacerse sin conocer la finalidad*, y repitámoslo, todavía no se ha revelado la de lo viviente, sino que por añadidura habría que afrontar el peligro de una quintaesencia impura. La experiencia adquirida con el trabajo sobre los metales, nos ha convencido de la dificultad de esta última purificación. Tocar a la vida exigiría mucha más pureza todavía, más de la que el hombre actual soportaría sin perecer.

Tal es pues el sentido de la interdicción y el de la presencia del *kherub* con la espada flameante ante el Árbol de la vida. El hombre no sabría franquear la barrera

de llamas sino en la medida en que reencuentre la estatura angélica que fue suya en el Paraíso. Pero este límite temporal, fruto de la caída y del oscurecimiento de su alma, no está inscrito en ninguna parte del hombre ni en el universo tangible, y Dios no nos ha retirado la promesa del arte real en todos los reinos. La prohibición se extiende ante el hombre como un horizonte sin fin, y no como la muralla de una fortaleza en la que se estaría encerrado. Por lo tanto, nadie sabría establecer claramente dónde se encuentra la raya, como tampoco un niño encontraría un tesoro al pie del arco iris. Sin embargo, un paso de más, y cae la espada flameante. La razón, la prudencia, el respeto de la naturaleza y de la vida —de quienes el hombre tiene por vocación primera ser el servidor, el jardinero o el pastor— y la discreción de espíritus, son la única guía segura en estos terrenos, con la certeza de que Dios no nos permitirá acceder al concierto angélico antes de que la última purificación no nos haga dignos. Salvo, quizás, que a los sedientos de transgresión se les deje, durante un tiempo, una ilusoria familiaridad con los ángeles de las tinieblas.

Cristo evoca este punto en la parábola de las bodas. Pasemos sobre los invitados recalitrantes y sobre la llamada a los tullidos, mendigos y desgraciados que van por los caminos (lo que no nos permite hacernos ilusiones sobre nuestro propio valor), para fijarnos en el destino del hombre rechazado de la sala del banquete. En los países de Oriente y más particularmente en Judea, es el novio quien, a la puerta de la casa, reviste a sus invitados con un vestido de bodas, una túnica ligera y blanca *tejida con hilos de oro o de plata*, para cubrir o reemplazar los vestidos ordinarios, de modo que ninguno de los huéspedes se avergüence si es pobre o se vea tentado de acaparar la atención con unas vestiduras ostentosas. Si el Rey sorprende a alguien sin esta túnica de luz, es porque ha rehusado llevarla cuando le fue ofrecida. Ahora bien, ¿qué es la vestidura de luz, sino el signo de la purificación? Estamos ante un ladrón que quiere gozar de las capacidades angélicas dadas otra vez al hombre, pero sin querer pasar por la purificación, es decir, por el fuego (πυρ en griego) del *kherub*, y que rehúsa por tanto practicar en la inocencia. Si, evitando las llamas del Guardián, consigue entrar por efracción, su destino será peor que el que muestra la condición problemática del hombre actual: se verá *atado*; a saber, en él, en su naturaleza, se inhibirán las capacidades angélicas potenciales, y será *arrojado a las tinieblas exteriores*, y por lo tanto privado de cualquier revelación esotérica. Nada nos asegura que este estado tenga que ser definitivo, pero antes de recuperar la integridad de su humanidad, deberá dar pruebas sin duda de que acepta someter su corazón y su voluntad al fuego del Ángel.

LA TABLA DE ESMERALDA



Cuando el Presidente Truman ordenó lanzar sobre Hiroshima la primera bomba A —inútil desde un punto de vista estratégico, ya que el Japón exangüe se preparaba a la rendición, y que está no se vio adelantada sino en unos pocos días—, adquirimos la seguridad de que un grupo de hombres perseguía en secreto un fin más exigente que terminar una guerra. El Sr. Truman y sus consejeros no sólo querían experimentar su juguete mortal en condiciones reales, sino garantizar al gobierno americano una primacía sin par, y dar la prueba ante los ojos del mundo. No comprendimos el alcance exacto de su proyecto, que entonces podía pasar por la ambición de imperio universal de una nueva Roma. A lo largo de los decenios siguientes, el proyecto se volvió claro ante nuestros ojos. Se inspiraba estrechamente en el más breve y esencial de los escritos alquímicos: la *Tabla de esmeralda*.

Releamos este texto mayor, para comentar las adaptaciones que ellos hicieron para conseguir el gobierno orientado de las sociedades y el desarrollo de las ciencias.

Es verdad, *sin mentira*, cierto y muy verdadero:

Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo; por tales cosas se hacen los milagros de una sola cosa. Y como todas las cosas son y provienen de UNO, por la mediación de UNO, así todas las cosas nacen de esta cosa única por adaptación.

La unidad substrato de todas las cosas, fue presentida desde la antigüedad por los filósofos hindúes y griegos, como lo atestiguan los *Upanishad* y el *Poema* de Parménides. Se ha desarrollado en numerosos comentarios el sentido profundo de ese pasaje, y no insistiremos sobre este punto. Los físicos que conocimos antes de la guerra le daban el nombre de *campo unitario*, y desesperaban a veces de alcanzarlo con sus cálculos y de penetrarlo en sus efectos. En este sentido, ni alentábamos ni desalentábamos sus esfuerzos. Conscientes de las amenazas que las convulsiones de Alemania y la cristalización de las fuerzas oscuras hacían pesar sobre el mundo, varios de estos sabios soñaban por entonces con unificar a las sociedades humanas en una misma civilización apacible, que sería como el reflejo del *campo unitario* en la materia. Eran —ya lo hemos dicho— como niños deslumbrados por la luz del Umbral, ignorantes de los peligros y desbordantes de entusiasmo. Como en los cuentos de hadas, se preparaban a vencer al lobo para vivir felices por el resto de sus días. ¿Cómo llegaron a tantas ilusiones sobre lo que se cocía desde hace decenios en las sociedades iniciáticas occidentales, que sin embargo algunos de ellos habían frecuentado? ¿Cómo pudieron entregarse a los jefes militares y políticos de América,

no ya atados de pies y manos, sino corriendo traviesos como críos tras el flautista de Hamelín?

Los primeros trabajos en los que fueron empleados versaban sobre el *campo unitario*. En vano, como ya lo preveíamos. Algunas raras confidencias que nos fueron trasladadas del Sr. Rosen, ayudante del profesor Einstein, se referían al abandono de las investigaciones a causa de accidentes espantosos de los que no comprendían nada, y que sus ecuaciones no habían permitido prever. Los comanditarios, almirantes de la Navy o directores de agencias creadas para la circunstancia dependientes del Secretario de Defensa, exigieron el secreto más riguroso y aislaron a los testigos. Si el campo físico se resistía a todos los esfuerzos posibles, la idea de la unificación de los hombres seguía empero su camino, y los accionistas de la industria proseguían con sus cálculos, seducidos menos por la esperanza de la desaparición de las guerras, que por la perspectiva de un imperio mundial invisible al servicio de América.

¿Fue entonces cuando algunas mentes febriles se dieron cuenta del parecido entre las preocupaciones de los sabios y los primeros versículos de la *Tabla de esmeralda*, o acaso acariciaban ya la ambición de remodelar al mundo «reconciliando» tradición y modernidad, que la mayor parte de los epígonos del esoterismo se dedicaban a desunir si no a oponer? No tenemos una respuesta para esta pregunta. Desde finales del pasado siglo, el esoterismo occidental se manifestaba como un terreno vallado en el que se afrontaban voluntades y proyectos que no tenían de tradicional más que la apariencia, y entre los que el nazismo ofrecía el más lamentable de los ejemplos. ¡Fáusticas locuras! Al menos hasta entonces esas quimeras se cocían en circuito cerrado, en las reboticas de algunas librerías polvorientas o en los salones privados de ciertos cuentacorrentistas devorados por el aburrimiento. Pero la aventura nazi daba a muchos la ilusión que el poder estaba al alcance de la mano de los audaces. La *sinarquía* de Mr. d'Alveydre, que en su origen no era sino la pálida imitación de la sociedad medieval, tomaba el aspecto de una dictadura oculta de «superiores desconocidos», y cada cual entre los sopladores, por poco que se mezclara con los ritos mágicos a la moda, se sentía la talla de un Cagliostro.

El Sol es su *padre*...

Tras el fracaso parcial de los trabajos sobre el campo unitario en 1943, el interés reculó a las energías intra-atómicas. A decir verdad ya se habían efectuado, al menos sobre el papel, varias tentativas de «pilas», y fue el miedo a la reacción en cadena lo que contuvo a los sabios de intentar liberar el poder explosivo de *Ptah*. La carta del Sr. Einstein al presidente Roosevelt sirvió de pretexto. ¡Pero hablen de huesos a los perros y de bombas a los militares, y les oirán aullar de placer! Todos conocen la continuación. El Sr. Oppenheimer, citando ante el fuego de los Álamos los versos del *Mahabharata*: «Si el estallido de mil soles surgiera de repente en el cielo, su

radiación apenas se acercaría a la gloria de este espectáculo...^[42] confirmaba a los ojos de los aprendices demiurgos la exactitud de la *Tabla de esmeralda*. Todavía se necesitaba que ese Sol concebido de mano del hombre apareciera ante el mundo en el resplandor de las nubes; los pícaros conocían la Biblia y su salmo 18: «De sus narices subía una humareda y de su boca un fuego devorador... Por su fulguración, ante él, las nubes se deshacían en granizo y en carbones encendidos...». Con lo que el Presidente Truman dio la orden de bombardear Hiroshima y Nagasaki, para dejar bien probado que los rayos y el poder de los astros no pertenecen únicamente a Zeus olímpico, sino al hombre... a ciertos hombres.

... y la *Luna* su madre.

Obtenido el dominio del sol nuclear y acabada la guerra, no pararon hasta conseguir los servicios del Sr. von Braun y perfeccionar sus V2. La carrera del espacio alcanzó su punto culminante cuando sus astronautas, enfundados en escafandras, dieron algunos pasos sobre nuestro satélite. Una interpretación tan literal podría haber sido un trabajo de soplador, pero su aplicación parece aun más tortuosa. Se abandonó la «conquista» de la Luna poco tiempo después de aquel torpe paseo: sin duda sólo se quería marcar con una huella simbólica el alma de las gentes. Al igual que con la bomba de Hiroshima, un acto tan ostensible debía persuadir a los hombres del dominio conseguido sobre las fuerzas cósmicas, dando la ilusión que, tras ellos, todos participaban en un proceso que, de hecho, se reservaban para sí.

El viento lo ha portado en su vientre.

Lo mismo que con la Luna, hicieron del viento una lectura literal, y se dedicaron seguidamente a controlar el clima, y a retener las masas de aire mediante «muros de ondas» dirigidas sobre continentes enteros, análogos al confinamiento magnético de los flujos de partículas en los grandes aceleradores. Las primeras experiencias de 1975 y 1976, escaparon a todo control durante varios meses; las segundas, en 1983, tuvieron mejores resultados; pero no se levantó el secreto, pese a los rumores que habían circulado en las universidades. La contrapartida social de dominar los vientos, se tradujo con la tentativa de controlar la opinión, que Virgilio denominaba *fama volans*, tan fugaz y movediza como la brisa.

La tierra es su nodriza y su receptáculo.

Para asegurar el regreso a alguna forma de materia densa, eligieron entonces favorecer los trabajos sobre los seres vivos y la ingeniería genética, de la que ya hemos dicho las reservas que nos inspira.

Las cuatro menciones que abren este versículo de la *Tabla de esmeralda*, cuya traducción en actos acabamos de comentar, corresponden, en una lectura alquímica canónica —aunque en un orden raro— a los cuatro elementos: fuego, agua, aire y tierra, alternando lo sutil y lo espeso, lo caliente y lo frío. Observemos la evolución, correspondiendo a los cuatro primeros días del Génesis, desde el éter hasta concluirse la corporificación. La Obra divina de la creación revelada por el gran Hermes sigue estrechamente el «ciclo» de las cuatro Edades: edad de oro del Sol, edad de plata de la Luna, edad de bronce de los héroes vagabundos cuya errancia posee la libertad del viento, edad de hierro densificada al extremo. El lector comprenderá mejor por qué la aparición de ese ciclo, acabado ya el proceso de Creación, significa que se cometió un error. En efecto, concluida la densificación material del cosmos, ya no era necesario seguir más adelante. Admitamos incluso, por analogía, que dicho ciclo se aplica a las civilizaciones: tendría que compendiar su nacimiento pero, una vez que han tomado cuerpo, ¿para qué destruirlas recomenzando *ad libitum* la germinación de abortos? Pese a lo absurdo de una tal rueda loca que girara sin fin, podríamos admitir ese ciclo si la enseñanza de Hermes se parara ahí; pero, tras haber comentado brevemente esta primera etapa de la Obra divina, e introducido a sus discípulos en la contemplación de los orígenes, continúa describiendo otras operaciones.

La inopinada aparición en el crisol del ciclo de las cuatro Edades, tiende a recuperar de modo natural lo que, por accidente, se desbarató demasiado, o a veces a obtener el «correctivo» de una corporificación demasiado adelantada. Sin embargo ocurre en la historia de las civilizaciones que ello introduzca en ellas una creación real, aunque no conocemos más que un ejemplo que se extiende sobre varios milenios, a partir del despertar suscitado por la última inversión de los polos. Si se lo observa en una escala más corta, obedece indefectiblemente a algún furor sangriento o a la desmesura del orgullo, y conduce a una fase a la vez caótica y petrificada cuya salida «natural» —lo hemos dicho— se opera por la violencia de un pequeño *ragnarök*. Éste fue planificado aquí, y programado por demiurgos perversos que parecen haber comprendido el sentido primero y querían imponer al mundo, fuera de los tiempos marcados por el Creador, una recreación de la civilización análoga a la «revolución neolítica». Ningún alquimista ha intentado una tal inducción forzada en su crisol, o al menos nadie habla de ello; y nos parece razonable pensar que no conduciría hacia un «nuevo mundo», sino hacia los habituales desórdenes.

Notemos también las equivalencias simbólicas, *rígidas y no filosóficas*, introducidas entre los elementos y las prácticas científicas o sociales. Al fuego corresponde la energía del átomo; al agua lunar, la conquista espacial asimilada a una navegación; al aire, el clima y la opinión; a la tierra, los seres vivos. Los antiguos no habrían admitido nada de esta clasificación, que distribuye factores heterogéneos de un modo bastante arbitrario; pero la encontramos hasta en las metáforas populares o

en el trabajo de los escritores. Es en todo caso *sofística*, como, con nosotros, lo hubieran proclamado los antiguos maestros.

El Padre de todo, el Telema del mundo universal, está aquí. Su fuerza o potencia permanece entera, si se reconvierte en tierra.

Hermes Trismegisto resume y comenta con estas frases el estado de la Creación acabada. Nuestros demiurgos no lo han entendido como el descanso del séptimo Día, sino como una instrucción para la prosecución de su obra; y puesto que se habla de «reconvertir en tierra», han aplicado sus fuerzas en hacer surgir seres hasta entonces inexistentes, nuevos virus en biología, cuerpos superpesados en física, ya que por suerte su arte no les permite suscitar especies más allá del primer grado estructural de corporificación. Las bacterias o las plantas transgénicas son sólo organismos modificados, y no criaturas inéditas.

Tú separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso, suavemente, con gran industria.

Tanto más límpida es esta frase para un alquimista, tanto más nos fue difícil comprender cómo aquellos otros la interpretaron para sus propios fines. Separar lo sutil de lo espeso tenía un sentido en la teoría de la información: la distinción entre el *hard* (espeso) y el *soft* (sutil). En lo concerniente a la tierra y al fuego, ¿se trataba de aislar la biología de la física? ¿Acaso de oponer ambas técnicas de manipulación del átomo, sirviendo la fisión de elementos pesados para producir energía doméstica, y quedando reservada la fusión —*analogon* del fuego estelar— para la bomba H? Esta última solución explicaría por qué se desalentaron sistemáticamente las investigaciones sobre la fusión controlada, aunque sólo fuera rehusando a los investigadores los subsidios y los laboratorios necesarios para su puesta a punto. Una indiferencia tal no tiene sentido económico: el hidrógeno abunda en la naturaleza; mientras que el uranio sólo se encuentra en escasas minas y requiere los más caros procedimientos de extracción. Tampoco se justifica por los riesgos corridos, pues la fisión produce residuos mortales que luego hay que almacenar, vigilar o tratar de nuevo. La aberración de esta política ha llamado la atención de numerosos sabios, a los que siempre se rehusó una explicación convincente.

Sube de la tierra y desciende del cielo, y recibe la fuerza de las cosas superiores y de las cosas inferiores.

Quien se haya ocupado de escritos alquímicos comprenderá que este pasaje describe la *subida del águila*, de la que ya nos hemos ocupado en diversas ocasiones. El águila figura en el escudo de los Estados Unidos, y además, desde la caída de los

imperios europeos, es la única potencia que todavía lo exhibe. Exotéricamente, en la sucesión de realizaciones ostensibles destinadas a fijar en el alma de los pueblos estrechas alegorías a modo de símbolos, la construcción de la naveta espacial y sus públicas idas y venidas respondería a las exigencias de su programa ilusorio. De modo más secreto vemos, aquí y allá, intentos de relacionar la tecnología más material con operaciones mágicas confundidas con el cielo espiritual. No se contentan con dirigir la opinión por medio de la prensa o de la televisión; se quiere penetrar con ondas en las mentes, para reordenar los más íntimos pensamientos como si cada ser humano fuera una limadura de hierro entre los brazos del imán.

Tendrás por ese medio la gloria del mundo, y toda oscuridad huirá de ti.

No despreciemos jamás a esos maestros ocultos de la alquimia faustiana. A imitación de los sabios, también trabajan en este mundo, y no por él y ni siquiera con él. Si buscaban la gloria en el sentido vulgar del término, no se cubrían con el velo casi totalmente opaco del secreto, poco propicio a exaltar las vanidades. Entre los antiguos la gloria es una energía luminosa que los sabios persas llamaban *xvarnah*, la misma que el Cristo manifestó cuando su transfiguración. ¿Cómo aspirar al nimbo de esta gloria, si se rehúsa proseguir las vías de la divina revelación y de operar sobre sí las purificaciones más elementales? ¿Qué es pues esta *gloria mundi*, si no la entendemos ni en el sentido exotérico ordinario, ni en su verdadero y espiritual significado? Acabamos de ver que se quiere reunir y ajustar las mentes como para hacer de ellas los relevos individuales de un alma única; una especie de artificial *παν-ανθρωπος*. El padre Teilhard de Chardin, como última perspectiva de la evolución, había anunciado la formación de lo que denominó una *noosfera*. Pero amén de que el *παν-ανθρωπος* del que quería ser el profeta, como una especie de punto de orgullo de la historia humana, no advenía sino al fin de los tiempos, su emergencia no reducía en nada la libertad personal. Se trataba en su espíritu de una fusión de amor e inteligencia, análoga a lo que los teólogos más inequívocos han descrito hablando de las relaciones trinitarias de Dios. No nos pertenece juzgar la perspicacia de los asertos de los teólogos, pues las revelaciones que hemos recibido, sin las que nuestra labor alquímica hubiera sido vana, se referían a la perfección de materia y a la purificación de nuestra propia naturaleza. Jamás nos ha convencido el optimismo de Teilhard de Chardin, la imagen lineal y dulce que se hacía de la evolución. Y si la *noosfera* que invocaba con toda su esperanza de visionario debiera manifestarse un día, dudamos que ocurriera antes de la formación de los nuevos cielos y de la nueva tierra anunciados por San Juan.

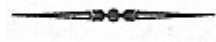
Una *noosfera* impuesta para explotar el poder mágico o centuplicar la intuición intelectual de unos cuantos falsos demiurgos, se emparenta con aquella violación de los Ángeles que hizo que Sodoma desapareciera bajo el fuego y el azufre. Porque se

trata verdaderamente del Ángel que encierra el hombre en germen, y que quieren desviar de su vocación última. A menos que no se jacten de llegar a ser ellos los únicos hombres verdaderos, enviando a todos los demás a un atolladero, como simples células de una máquina pensante sojuzgada. Todavía más grave: si relacionamos el brillante y parlante satélite artificial previsto para la entrada en un tercer milenio embaucador, con las divagaciones fomentadas alrededor del eclipse de 11 de agosto de 1999, parecería que se hubieran fijado una fecha para tener éxito; lo que les obliga a intensificar su presión sobre la gente. ¡Pura locura este paredón! Hasta un aprendiz se da cuenta de que se aleja de las vías de la naturaleza desde sus primeros errores y sus primeros fiascos, y frena la obra, si acaso no se ve obligado a volver a empezarlo todo desde el principio. El soberbio ni oye ni ve; en su crisol la materia puede resistirse permanentemente, porque él continuará hasta que todo se destruya irremediabilmente entre sus manos, destruyéndolo también de paso.

No iremos más lejos en nuestro comentario de la *Tábula esmeraldina*. Ya que hagan lo que hagan aquéllos, jamás alcanzarán ni siquiera la ilusión de la verdadera *fuerza fuerte de toda fuerza que vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida*, y que el Cosmopolita llama justamente la *sal de la tierra*^[43]. Bajo sus aspectos, distintos del de los minerales, la quintaesencia yace más allá de la espada del *kherub*. ¡*Finis gloriae mundi!* Las nubes cubren la última luz en el cuadro de Valdés Leal, y no se abren sino desde arriba, revelando la púrpura que reviste la mano divina y sin embargo natural.

Recibiendo esta revelación, sin duda alguna el alquimista sincero alcanzará el éxito y la verdadera *Gloria del mundo* reposará sobre él. Sin embargo, la obra que al hombre le es posible no manifiesta, incluso en su plenitud, sino la esperanza de las cosas por venir. Tal los Magos en el portal de Belén o Salomón construyendo el Templo, tendrá que depositar su verdadero tesoro sobre el altar invisible de Aquél ante quien tiembla toda carne de terror, en sus extravíos o en su ignorancia primera, y de amoroso Gozo cuando, cumplida su parte de la obra y sin poder determinar por adelantado ni el día ni la hora, contemple, no la apertura de su materia, sino la de los Cielos y la claridad de Su Gloria. ¡Cuánto más necio será quien prefiera la vana gloria de este mundo, al Don divino todavía más luminoso que el carbunclo de los sabios!

LA RESISTENCIA DE LA MATERIA



No se pueden imponer a la fuerza ni la *Tabla de esmeralda* ni la sucesión de los regímenes planetarios que describe Ireneo Filaleteo^[44]. La alquimia difiere de la ciencia exotérica en el hecho de respetar los tiempos de maduración propios a la materia en trabajos de parto. A nada que se encuentren en presencia los cuerpos necesarios, cualesquiera que sea el lugar, el tiempo y las cantidades a tratar se producirá una reacción química ordinaria; lo que ocurre en primer lugar en los tubos de ensayo se aplicará igualmente, mediante algunas precauciones, en las cubas industriales. La alquimia debe tener en cuenta la interdependencia universal; todo no es reproducible en cualquier momento. El *Mutis Liber* muestra la recogida del rocío bajo los ojos del carnero y del toro, emblemas evidentes de los meses solares primaverales en el hemisferio norte. Fuera del breve período en el que la savia sube y la vegetación vuelve a tomar vigor y se multiplica, el rocío indispensable para los espagiristas carecería de fuerza, y nada se produciría por su mediación. Sin embargo, una recogida en abril en los alrededores de Valparaíso no serviría de nada, ya que allí la primavera comienza en septiembre. Y sólo hablamos de las condiciones estacionales de la espagiria y de la fabricación de remedios vegetales, un arte de boticarios que, por eminentemente respetable y útil que sea, no exige ni la décima parte de las precauciones que requiere el arte de Hermes.

Cuanto más breves sean las vías practicadas más aumentará la cantidad de materia, si no se toma la precaución de fraccionarla operando a cada vez con masas débiles, reiterando el trabajo u ocupándose a la vez de varios crisoles. Cuanto más sutil sea esta materia, tanto más deberá estar atento el artista a las fluctuaciones de las condiciones cósmicas. Conocemos un criadero de pollos en el Poitou que perdió toda la cría de una determinada semana. Los pollitos presentaban malformaciones letales en la eclosión. Los propietarios recurrieron a su compañía de seguros, que envió sobre el terreno a sus mejores expertos, que no pudieron explicar esta mutación súbita sino por un flujo particularmente intenso de la radiación cósmica: el paisano fue reembolsado de sus pérdidas, y el asunto se quedó ahí. Si no vigila el menor síntoma proveniente de su crisol para rectificar e intervenir al momento, el alquimista puede perder en pocos instantes, por culpa de tales imponderables, todo un año de trabajo. También habrá que cazar al vuelo los fugitivos estados de gracia que favorecen a la obra, si se quiere consolidar el beneficio.

La extrema sensibilidad de la materia en trabajo exige tantos cuidados como un niño de pecho y, como este último, regula su crecimiento mediante influencias más misteriosas que el ciclo regular de los relojes. Nadie se atrevería a dar alimento sólido

al bebé que todavía no ha echado sus dientes. Si es bueno conocer por adelantado las fases de la obra, de nada sirve provocar artificialmente un régimen planetario, si el precedente no ha llegado a término por el movimiento propio a la naturaleza del *sujeto de los sabios*. *A fortiori* será vano pensar en abrir una materia no preparada o cuya preparación no fuera completa. En fin, una de las trampas, y no de las menores, es que cualquier materia trabajada canónicamente como *sujeto de los sabios*, puede dar resultados *particulares*, alentadores sin duda, pero ilusorios, incluso (y sobre todo) si éstos se parecen hasta el engaño al resultado esperado. Los maestros antiguos son muy claros a este respecto: la transmutación del plomo en oro no basta para afirmar que se haya obtenido la Piedra.

La aplicación forzada de la *Tabla de esmeralda* tal como la hemos visto desarrollarse desde hace medio siglo, nunca ha tomado en cuenta el adagio alquímico según el cual todo es viviente. Al contrario, es la vida la tratada como una cosa inerte o como algo mecánico. Por ello dudamos que los demiurgos hayan sacado la lección necesaria de las resistencias que no ha cesado de oponerles su materia, trátase de los elementos de la naturaleza o de las sociedades humanas. La unificación política del planeta, su primera etapa, no se ha producido en mayor medida cuando la creación de la ONU que hoy mismo, cuando la estaban esperando de la *noosfera* impuesta por ellos, pese a sus esfuerzos por mezclar los pueblos, haciendo *tábula rasa* de las identidades culturales, con un olvido tan voluntario como insidioso de la Historia anterior al pistoletazo de salida de su proyecto, a saber, antes de 1914. Incluso asistimos *a contrario* —y este movimiento no cesará de profundizarse— al resurgimiento de la memoria propia de los pueblos. La unión planetaria se hará un día, sin duda al fin de la presenta era; pero será sinfónica y no monódica, y más espiritual que política.

Paralelamente a la *Tabla de esmeralda*, los falsos demiurgos utilizaron otros textos alquímicos sin comprenderlos mejor. ¿Por qué el presidente Truman quiso la guerra fría, que por entonces no deseaba Stalin^[45], sino porque sus consejeros habían leído los comentarios al *combate de las dos naturalezas* cuando la apertura de la materia? ¡Lástima que no hubieran seguido la lectura hasta el final! No hay vencedor en esta lucha hermética; ambos adversarios, extenuados y destruidos, dejan el sitio a los cuerpos nuevos y vigorosos que recogen ambas herencias. Pero no quisieron ese retoño; apostaron a ganador, América, pensando que con su victoria se insuflaría las energías vitales y los recursos de una Rusia extenuada (como lo da a pensar una primera lectura del combate de la *Rémora* y la *Salamandra*, descrito por Sabino de Cyrano Bergerac^[46]) y sería ella misma el viejo atleta y el joven brote. No han logrado *in fine* sino levantar a todos los pueblos contra este insolente vampiro. Si hubiesen alcanzado el verdadero fin del combate, ni Rusia ni los Estados Unidos, o más exactamente, ni la economía de estado ni el capitalismo habrían sobrevivido al

día de hoy. Se habrían hundido ambos para dar lugar a un modo de intercambio y producción enteramente nuevo, del que nadie habría sabido imaginar las formas. Tales acontecimientos ya han ocurrido a lo largo de la Historia. Roma, perpetuada como Bizancio, y Persia, se afrontaron hasta agotar recíprocamente sus fuerzas. Sobre la ruina de sus imperios antagonistas pudo crecer la maravillosa civilización árabe, que resplandeció hasta el siglo XVII y contó con tantos artistas y sabios antes de su presente decadencia. También el imperio romano surgió de la destrucción *mutua* de Cartago y de la República de Rómulo. Por no haber comprendido esta necesidad del arte, América se prepara el destino de la orgullosa Asiria, contra la que se revolvieron coligados los pueblos oprimidos y saqueados y que, pese a su aparente poderío, debió ceder su lugar a los Medos. Sin embargo, el cuento bíblico de Jonás nos enseña la alternativa menos peligrosa que se ofrece: volver a la humildad, el abandono voluntario de la preeminencia. La asiria Nínive no cedió por desgracia a los avisos divinos sino en este relato imaginario, que, como sabemos, fue colocado en las Escrituras para invitar a las futuras potencias a un mayor discernimiento.

Al menos es el destino que le acecha si consigue sostenerse. Ya hemos visto que los demiurgos le han asignado el cometido de las águilas. De acuerdo en este punto con todos los autores, Filaleteo limita sus vuelos a siete o a nueve. Incentivar más esta fase no conduce sino a la pérdida tanto del sublimado como del compost. Si la equivalencia simbólica que ellos han impuesto es un mínimo operativa, el obstinarse a promover a los Estados Unidos por encima de las demás naciones no nos llevará sino a su fragmentación, ya que el alma egregórica del Estado federal no podrá mantener más lejos su cohesión. Por lo tanto, debiéramos asistir a la dispersión de los Estados que lo componen, y vamos ya viendo las señales precursoras con la formación de un movimiento independentista en Texas. Conducida demasiado mal, la experiencia lleva seguramente a la explosión del crisol, y ya lo estamos viendo fisurarse.

Además podemos predecir esta fragmentación por otra vía. Cuando la Guerra del Golfo, se concibió el modelo estratégico para realizar con artificio la profecía del Ángel Gabriel en el octavo capítulo del Libro de Daniel: «Un macho cabrío viene de Occidente sobre la faz de toda la tierra sin tocar la tierra. El chivo tiene un cuerno que sobresale entre los ojos»^[47], y aplasta al ciervo o al carnero de la visión sin que este último pueda resistirse ni encontrar salvación. Sin duda era preciso que ese carnero de arrogante crecimiento representara a Babilonia. Daniel precisa que su visión tuvo lugar en Susa, y que el animal se encontraba sobre la otra orilla del río Ulai, actualmente el río Karun, es decir, en Persia. Incluso si ese río se junta hoy con el Tigris y el Eufrates en un delta común, la orilla opuesta a Susa^[48], hasta la confluencia, se encuentra en Irán y no en Irak. Es cierto que el nombre del río Ulai

significa en lenguas semíticas *el devastador* y que, en el salmo 136 Babilonia se ve calificada de *devastadora*, Admitamos como aceptable esta lectura cabalística, pese a que la consideremos muy dudosa. La continuación de la profecía, sin embargo, tendría que haber dado de qué pensar a los estrategas que vieron en el pequeño Irak la encarnación de la Babilonia del Apocalipsis: «Mientras que él [el chivo vencedor] se fortifica, se parte el gran cuerno, y en su lugar brotan cuatro cuernos apuntando a los cuatro vientos del cielo».

Nadie juega impunemente con los símbolos activos. En los escritos y pinturas de la antigüedad, el cuerno ha designado siempre el poder de crecimiento. Es por eso que se suspendía un bucráneo junto a los campos o en los dinteles de las puertas de las propiedades, o es la razón de representar a las diosas de la naturaleza teniendo entre sus brazos el cuerno de la abundancia, desbordante de frutos espigas y flores. Los comentarios del ángel Gabriel sobre el sentido de la visión evocan, a los ojos de un historiador, la conquista de Persia por Alejandro y la fragmentación de su imperio en los cuatro reinos helenísticos. Pero los modelos proféticos se inscriben fuera del tiempo histórico, aplicándose cuando se reúnen las condiciones necesarias, como ya lo hemos visto para el ciclo de las cuatro Edades. Conceder a los Estados Unidos el papel de chivo occidental, o, más exactamente, hacer de esta nación el cuerno que reúne a todas las fuerzas de la coalición, era, por la magia misma del símbolo, convocar sobre su cabeza a la cuádruple fractura. En la época de Alejandro, pasaron veinte años entre la victoria de Rabeles y el comienzo de la división del imperio, que duró todavía diez años. Nos debemos considerar tales números como intervalos absolutos; pero retengamos la rapidez con la que se rompe el cuerno único del macho cabrío, pues se realiza, tras el triunfo, en menos de una generación. Las reglas sucesorias para la elección del presidente de los Estados Unidos no preservarán su imperio secreto, ni su integridad, de las causas inscritas en los cielos angélicos. Los herederos de Alejandro no pudieron mantenerse, no por incompetencia o debilidad personal, sino porque les fue retirado el sello divino del poder, no pudiendo obtener de este modo el reconocimiento indispensable del alma de los pueblos.

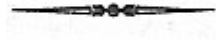
Si bajo este punto de vista Europa es asimilable a la coalición macedonia, será la primera en retirarse de la zona de influencia americana. Por otra parte ya asistimos a los primeros estremecimientos de esta retirada, ya sea con la picrocolina^[49] guerra del buey y de la mostaza, o, más gravemente, con la decisión de construir un ejército independiente del Pacto Atlántico. Los demás reinos helenísticos fueron contruidos alrededor de las capitales de Alejandro. Como América no transfirió las suyas fuera de su suelo, apostaremos razonablemente por New-York, Chicago, Dallas o San Francisco.

No se rompe el cuerno del macho cabrío porque haya emprendido la conquista de las tierras del carnero, sino porque no supo moderar su rabia para destruirlo. Daniel

dice: «El se amarga contra él». Los escritores que izaron la aventura de Alejandro a las dimensiones de epopeya, le reprocharon, todos ellos, la cólera ciega y ese desbordamiento del equilibrio que los griegos denominaban υβρις, término que tanto significa la audacia como la insolencia, la injuria como los malos tratos, y que parece derivarse de υβρος, la excrecencia. Es el *más* español, el exceso contra el que nos previene Juan de Valdés Leal. Si el artista no sabe medir el *furor* del régimen de Marzo por vía seca o breve, sólo obtiene la piedra quemada y prostituida, y además el crisol explota bajo la violencia de la operación. Cuando construían un imperio, los soberanos más sabios de la antigüedad tenían buen cuidado con respetar la distinción de las cuatro partes espaciales, correspondientes a los cuatro cuartos^[50] de las ciudades y a las cuatro funciones. De este modo, Sargón de Agade se hizo nombrar *rey de las cuatro regiones*. La unidad se hacía en el centro^[51], *analogon* de la quintaesencia. Cuando su intronización, los reyes de Tara o del quinto reino de Irlanda, que tradicionalmente aseguraba la cohesión de toda la isla, posaban el pie sobre una piedra llamada *Lia Fail*. Si el impetrante era legítimo la piedra gritaba y se hendía, temporal y simbólicamente, en cuatro partes, representando a los cuatro reinos y a las cuatro islas del norte donde, según la leyenda, habían descendido los *Thuata de Danán*. Después de una tal iniciación, el rey del centro nunca se permitía perder el sentido de su función unificadora y el respeto que debía a las cuatro partes de Irlanda. Pero si el υβρις del soberano le llevaba a olvidar el sentido de la centralidad, tendiendo a aplastar y uniformizar en lugar de unir, el exceso mismo de la cohesión que pretendía obtener, provocaba el retomo explosivo de esa cuatrinidad de la que desconocía provenir y haber surgido.

Verdaderamente, visto que América, dominada por la υβρις de insolentes sopladores, se comporta en relación con los cuatro continentes como el mismo Alejandro nunca lo hubiera osado, descartando hasta la diversidad de estilos en el arte de vivir, sería pura justicia que padeciera el castigo que tiene a los Ángeles como perfectos garantes, a menos que su pueblo no elija la alternativa caritativa ofrecida por Jonás.

NI MÁS NI MENOS



Acabamos de ver los excesos que mancillan la obra de los demiurgos americanos. También, con la misma seriedad, la balanza que pesa las funciones y los corazones en el cuadro de Valdés Leal, pone en guardia al alquimista contra las carencias. En su *Hermes dévoilé*^[52], el muy caritativo Cyliani cuenta en un sueño maravilloso y terrorífico, cómo le autorizó la ninfa a servirse en los dos vasos que contienen las sustancias necesarias al trabajo del artista, *después de la abertura de la materia*. Llenó por lo tanto, con hartazgo, dos bocalles de cristal. Examinando después esta primera recogida, su egeria le hizo el siguiente reproche: «Uno de tus bocalles contiene más materia andrógina de la que necesitas, pero no has cogido suficiente espíritu astral; te hace falta infinitamente más. Como dice Arnaldo de Vilanova, se necesita profusión de agua, de espíritu destilado». La timidez en recoger este espíritu estelar desde el comienzo de la obra, ha llevado al fracaso a muchos aprendices. No es sin razón que los antiguos filósofos dieron el nombre de *espíritu* a este agente imponderable, viendo constituido el universo, al igual que el hombre, de un $\sigma\omicron\mu\alpha$ tangible, de una $\psi\upsilon\chi\eta$ o *alma* movediza, sede de las emociones y de la razón inferior, y de un $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ o *espíritu* que Platón, en su célebre metáfora, considera como el conductor del carro tirado por caballos. Es lo que confirma el apóstol Pablo cuando distingue al hombre carnal, en quien sólo actúan el $\sigma\omicron\mu\alpha$ y la $\psi\upsilon\chi\eta$ y el hombre espiritual o noético, el cual «juzga de todo y no es juzgado por nadie»^[53].

Sin embargo en la visión griega, incluso el despertar noético quedaba insuficiente si no estaba bañado de una Respiración o hálito misterioso llamado $\pi\nu\epsilon\upsilon\mu\alpha$. Los hindúes lo citan en sus *Upanishad*, como es caso en la *Kaushitaki*: «Yo soy la respiración, pues soy el consciente Sí mismo; asimíame a la duración de la vida, a lo inmortal... En efecto, por dicho hálito se alcanza la inmortalidad en este mundo, y por la consciencia la ideación verdadera»^[54]. La misma distinción existía entre los autores latinos para *corpus*, *anima*, *mens* y *spiritus*.

Al fin de la Edad Media, la civilización occidental parece haber perdido unas nociones tan claras para los griegos y latinos. Los teólogos confundieron parcialmente la *mens* con el alma, y después, el término *spiritus* ha designado indiferentemente el soplo y la dimensión noética. Los alquimistas lo aplicaron a los alcoholes y a otros productos volátiles de la destilación. Más tarde, los filósofos de las «luces» vieron en ello la razón aplicada a la contemplación de los fenómenos. En fin, los teósofos del último siglo lo asimilaron a lo que los físicos denominaron éter, aunque las experiencias de los Sres Michelson y Morley en 1881 demostraron su naturaleza de construcción intelectual completamente ilusoria y *a posteriori*. ¿Cómo,

tras tantos malentendidos, evitar que un principiante que enfrente sus primeras lecturas de escritos alquímicos, no se forme una opinión errónea del *espíritu*? Más valdría pensar que el término es voluntariamente vago para velar un secreto del arte y no perderse entre ideas preconcebidas.

No podían quedarse sin surgir muchas otras confusiones para los físicos que, desde comienzos de siglo, se maravillaban del parecido entre lo que descubrían en el laboratorio y las antiguas sabidurías. A lo largo de sus estudios se les había dicho que éstas eran sólo los testigos polvorientos de los sueños; las quimeras de los tiempos «pre-lógicos». Ese *espíritu* tan misterioso del que hablaban los antiguos, ¿no sería la triple radiación que emanaban las sales de uranio o de radio tan bellamente bautizadas por Pierre y María Curie en 1898, y que parecían desafiar las leyes de la termodinámica? ¿O acaso el término designaba campos entre los que el del electromagnetismo era un ejemplo, tal como los rayos X descubiertos por Roentgen en 1895? Quienes entonces operaban en el crisol, no desdeñaron someter su materia, en sus diferentes fases de transformación, al test de la placa fotográfica, o acercarla a la aguja de la brújula. Nosotros mismos nos entregamos en la época a esas verificaciones, no encontrando nada que pudiera contradecir a los filósofos químicos cuyas lecciones seguíamos.

Algunos tuvieron entonces la idea de que la alquimia, tal como nos fue transmitida de edad en edad por los Adeptos dispersos desde la China hasta el antiguo Egipto, podría no ser más que la memoria oscurecida o las migajas de una ciencia más antigua y completa, el eco ensordecido de una civilización comparable a la que los físicos contribuyen a alumbrar ahora.

En sus obras, el Sr. Bergier da numerosos ejemplos de tales especulaciones. En primer lugar, se habría ocultado el saber como resultado de una desastrosa utilización del mismo. De este modo el *Mahabharata* hindú nos cuenta el espanto causado y, después de 1945, el arma fulgurante de Indra, al igual que el fuego y el azufre vertidos sobre Sodoma y Gomorra, evocaba con toda evidencia el fulgor atómico. Pasado el tiempo, a medida que esta supuesta civilización se difuminaba en el recuerdo de los pueblos, se habría dado un significado místico a expresiones que ya no se entendían. Los mismos alquimistas no habrían obtenido su *piedra filosofal*, sino siguiendo literalmente instrucciones y recetas, pero sin disponer del cuadro teórico necesario para la comprensión de su trabajo, condenados a repetir a ciegas las operaciones descritas por sus predecesores.

La leyenda «atlanteana» revisada de este modo fue sin duda útil como advertencia, y para dar conciencia de su responsabilidad a los que manejaban unas fuerzas al límite de lo que el hombre puede controlar, y quizás haya contribuido, además, a contener a los gobiernos para no desencadenar otro conflicto mundial. Pero también tuvo como efecto perverso el sustentar la confusión sobre el *spiritus astralis*

necesario para la obra, dejando creer, a los que así se extraviaban, que no se trataba sino de un efecto de campo que, a lo más, inducía en el cerebro humano estados de conciencia superiores al estado ordinario de vigilia. Les parecía que estos estados, aunque obtenidos por energías más físicas que sutiles, resultaban de una auténtica sublimación y constituían el secreto alquímico por excelencia. De este modo, matando dos pájaros de un tiro, habrían obtenido si se nos permite de una sola Piedra dos efectos: transmutar la materia, y generar un superhombre.

No concluyamos demasiado apresuradamente que los demiurgos americanos fueron o sean agnósticos. ¿Acaso no fueron al principio nuestros hermanos en la ciencia? Pero una representación demasiado humana y demasiado estrecha de Dios y de su Obra, ocasiona a veces más estragos que el ateísmo impregnado de deseos animales. «Pequeñitos, guardaos de los ídolos», advierte San Juan al final de su primera Carta. Los colonos llegados de Inglaterra a principios del siglo XVII, pertenecían en su mayoría a las sectas calvinistas reprimidas en el reino. Con ellos emigraron algunas mentes más libres, pero también más escasas. La necesidad que tuvieron de dar garantías a las ciudades que les toleraban, imprimió en sus descendientes una parte del pesimismo puritano hacia la naturaleza, esa especie de dualismo moderado que presta al diablo más poder sobre los seres y las cosas que el que realmente posee. Pensaron que si es por culpa de la caída de Adán que la muerte ha entrado en el mundo, está entonces en ello el origen de la esterilidad de los metales, como de la crueldad de los animales privados de razón, como de la maldad de los hombres. San Agustín, que fue manqueo, veía en la gracia divina una sobrenaturaleza capaz de paliar a las debilidades intrínsecas de la naturaleza humana. Calvino llevó estas ideas al extremo, hasta pretender que todo lo que Dios no salva será condenado. Y como el Cristo anuncia que «muchos son los llamados pero pocos los elegidos»^[55], concluyeron contra toda razón que, dejado a sí mismo, el cosmos no conduciría sino al desorden. De este modo la naturaleza tendría siempre la necesidad de verse redimida, salvo que se *sumara* una gracia substancial que Dios no habría distribuido sino con una avaricia parsimoniosa.

Es eminentemente peligroso abordar la alquimia en este contexto. Por una parte, los filósofos hermetistas recomiendan seguir las vías de la naturaleza; por otra parte afirman que sin el don de Dios que le revela al artista el modo de operar, su labor será en vano. El primer adagio es inadmisibile para las personas educadas en el puritanismo; el segundo, sólo podía significar una elección personal, y no podían sustraerse a ella de haber recibido algunas luces sobre el arte y obtenido un primer resultado. Tampoco necesitaban que se les empujara para que llevaran demasiado lejos su razonamiento; para asimilar ese don de Dios a una gracia sobrenatural impuesta, no ya al hombre, sino a la materia. Alimentados en las primeras universidades del Nuevo Mundo con las lecturas bíblicas y las ciencias naturales, los

que llamaremos desde ahora estudiantes de la alquimia de Boston no disponían para guiar su trabajo, en el siglo XIX, sino de algunos tratados importados a precio de oro, sin que, desgraciadamente, parezca que leyera los autores más caritativos. El calamitoso Dom Pernety pasaba por dar las claves del lenguaje abstruso de los hijos de Hermes, cuando se limitaba a añadir sus propias y envidiosas trampas a todos los ardidés ya establecidos por su maestro Ireneo Filaleteo. Conducidos por tales psicompops —si se nos permite expresarnos así— nuestros jóvenes artistas tenían que correr candorosamente de desengaño en desengaño, hasta que les fueran accesibles los textos de los hindúes. Todo se mezclaba, la *Tabla* de esmeralda con las del monte Horeb, la ley de Moisés con la de la naturaleza, ambas concebidas como una gracia perentoria, como la fustigación divina necesaria para evitar la caída en el abismo; se mezclaba la elección de los santos entre los hombres, con la de la Piedra entre los minerales. La perla perfecta no se obtendría —entendían ellos— sino al precio de innumerables escorias. Ciertamente, de la transmutación final cabía esperar la salvación de esos residuos rechazados a lo largo del proceso de elección, pero primero había que nutrir el germen de la Piedra a costas de todo ese resto considerable.

Permanentemente hemos puesto en guardia a nuestros alumnos contra una tal interpretación de los escritos herméticos, y en ello no hemos sido ni el único ni el primero. Tampoco los aprendices de Boston fueron los solos confundidos con la insistencia de Filaleteo de no emplear más que el vaso precioso, precisamente cuando describe vías o fases en las que únicamente el trabajo sobre el vaso vil tiene alguna posibilidad de éxito. Verdaderamente, cuanto más breve es una vía tanto más la materia necesaria parece ser vulgar. Perfeccionar el oro ordinario para volverlo filosfal, exige más tiempo y trabajo que partiendo de minerales inferiores. Es el sentido de la parábola del fariseo y del publicano en la alquimia humana. El primero da gracias por su perfección, y no cesa de compararse con los que contempla a su alrededor, menos perfectos: ¿cómo había de aceptar la apertura que tenía que deshacerlo, no fuera sino un momento, para rehacerlo en un estado más elevado? El segundo sabe que está en lo más bajo de la escala, y por tanto no tiene que vencer tantas resistencias. Pero sin la abertura, que es la que hace de la materia un vaso o un ciborio, ¿cómo recoger el espíritu astral?

Aplicado a la alquimia social que han querido intentar los demiurgos herederos de los alquimistas de Boston, el error de Filaleteo les ha conducido a ver en América el germen aurífico de la Piedra que transmutaría a la humanidad. Pero esta solicitud hacia el «pueblo elegido», además de hacerles sostener todas las bajezas y saqueos dictados por el interés de algunos industriales y financieros, les impidió proceder verdaderamente a la apertura de su farisaica materia. Además, asimilando el *espíritu astral* con la gracia divina tal como la concebía el puritanismo, es decir, expresada

por una ley perentoria junto con la imposición de una sobrenaturaleza como si fuera una estampilla, el mejor servicio que podía rendir esta América a la materia vil o a los desechos de la obra —el resto del mundo— era, ellos lo creían, el someterlos a algún «nuevo orden mundial». El resultado previsible que no cosecharon sino muy poco del verdadero *espíritu astral*, demasiado insuficiente para la menor operación verdaderamente alquímica.

Con ocasión de su primera operación, Cyliani nos dice haber embebido progresivamente las dos naturalezas metálicas con el espíritu astral, y precisa que llegó a «sobrenadar la materia». Cuando procedió después a la primera separación, habla de desecar el cuerpo más sólido «a la luz solar». Así, coincide curiosamente con los testimonios de los grandes ascetas del desierto que describen las operaciones del espíritu pneumático sobre el alma. Emplean igualmente la metáfora del agua para las consolaciones del Espíritu Santo, y la de la sequedad y la aridez para los ayunos impuestos desde lo alto a la ψυχή. Estos santos maestros de la vida espiritual, así como los filósofos químicos, determinan que de nada sirve trabajar una materia que no haya recibido ese rocío vital. La sequedad del desierto no es activa sino para un alma abierta al νοῦς y llena del πνεῦμα que le despierte a la vida. Un alma seca con la antigua sequedad de la muerte, no haría más que acartonarse como un cuero olvidado en el fondo de un desván. Esta regla vale para todas las materias. Por lo tanto, si uno se aventura a laborar el alma colectiva de la humanidad, ¡cuánto más debería invocar y recoger con el mayor de los cuidados ese Espíritu Paráclito del que habla el Evangelio, para verterlo sobre ella!

Los aprendices de Boston no desconocieron por completo esta necesidad, pero parecen haber confundido los diferentes espíritus tratados en los textos alquímicos, que con tanto esfuerzo coleccionaron y descifraron desde 1945, al mismo tiempo que perpetuaban la confusión inicial entre alma, espíritu noético y espíritu pneumático, entre *anima*, *mens* y *spiritus*; en la materia, entre espíritu y campo unitario. Si el artista comete el error que reprocha Cyliani, y de entrada sólo recoge una cantidad demasiado justa de espíritu astral, ya se sabe que existen diversos tramos para hacerlos crecer. No los discutiremos aquí, temiendo que ello conforte las confusiones que acabamos de evocar. Socialmente, la primera consecuencia de este defecto fue lo que el Sr. Gauchet denunciaba como el «dsecamiento del mundo», haciéndole responsable de ello a la tradición «judeocristiana» en su conjunto. Ese dsecamiento se debe sólo a una inteligencia demasiado estrecha y casi dualista de esta tradición. Pero apercibiéndose que se arriesgaban a trabajar una «materia» demasiado seca, nuestros demiurgos buscaron el equivalente del coadyuvante que se utiliza en la obra mineral. Favorecieron por tanto el desarrollo de doctrinas y prácticas destinados, según ellos, a permitir la efusión del alma y a prepararla para lo que creían ser la acogida del espíritu. En el siglo XIX alentaron al espiritismo —*spiritualism en inglés!*

— para atajar el avance del ateísmo; en nuestro siglo, el *New Age* se benefició de todos sus favores. En ambos casos se tomaba un sucedáneo por el verdadero aguardiente, sucedáneo quizás emoliente, pero en ningún caso vitalizante. Saturada de este agua inerte, la materia no sacia el ardor de su sed, y ya no tiene la fuerza de recibir el verdadero rocío.

Comprobamos en la Historia que hay civilizaciones que se pierden por sequedad y falta de espíritu. Los antiguos etruscos, pueblo bastante amable en sus orígenes a juzgar por los frescos de sus enterramientos, lo reemplazaron con el ritualismo y la minucia en la adivinación. La inquietud que esta práctica no podía dejar de ocasionar aumentó progresivamente, y el arte nos muestra el alma de este pueblo invadida por górgonas y genios devoradores, sucumbiendo bajo el peso de sus terrores. Algo de todo ello pasó a Roma, tomando, hasta en el culto a los dioses, la forma de una exaltación de lo jurídico. Disertando de la religión romana, el Sr. Kerényi observa justamente que carecía de mitología y de arte^[56]: todo lo tomaron de los griegos en la época de Augusto, cuando el gran poeta Virgilio buscó sus modelos en Homero. Antes de él, salvo algunos relatos sobre las aventuras de Hércules, todo lo religioso se concentraba en las *pietas*, un conjunto de obligaciones semi rituales o legales y semi morales, cuyo respeto bastaba —se creía— para satisfacer a los dioses y asegurar la buena marcha de la ciudad. Se sabe en qué desorden naufragó la república romana, e igualmente, pese al reinado luminoso de Augusto, la primera época del imperio, antes que la dinastía de los Antoninos no le diera forma de nuevo.

El desorden mismo que acecha a cualquier sociedad que además se encuentre desecada, sometida al imperio puntilloso del reglamento, privada de la esencia vital de la fe y laborada por sucedáneos puramente psíquicos, está creciendo en estos momentos, en América primero y después, por las tensiones que impone, en el conjunto del mundo occidental. Se ha querido encontrar la causa de estos males que los sociólogos engloban bajo el término de *anomia*, en el desarrollo de la ciencia profana o en los repiqueteos de la maquina industrial, en la primacía de lo económico sobre lo político y, recientemente, en el invento del ordenador. ¡Pamplinas! Ni los romanos ni los etruscos usaban la mecánica, y no inventaron la Bolsa ni la electrónica, y también sus sociedades cayeron en la angustia, la orgía y la pérdida del gusto por vivir. Anomia viene de *ἀνομος* que significa sin ley, sin costumbres o sin manera de ser, pero igualmente *sin lugar de pastoreo*. El desmoronamiento de las estructuras sociales orgánicas a favor del desorden, o de lo que la ciencia moderna llamará entropía, se desprende de la pérdida de las praderas del alma, es decir, del *verdor* nutricional, de la *esmeralda* de los filósofos. En los romances medievales, el remedio a la tierra *gasta*, es decir, desecada y estéril como fruto de un error de combate, del *golpe doloroso*, se encuentra en la busca del Grial que Chrétien de Troyes nos describe como un *carbunclo*, y Wolfram von Eschenbach como una

esmeralda. Ya hemos discutido bastante en nuestras obras precedente sobre estos colores de la Piedra o de la Sal, y no vamos a volver aquí sobre ello. Los símbolos del verdor y del resplandor flameante también se encuentran en el *Ars brevis* o en el *Ars magna* de Raimundo Lulio, y entre los posteriores autores.

Las sociedades antiguas alcanzadas por la anomia no pudieron enderezarse mientras que la falta del Espíritu no se volviera consciente y vociferante hasta en las entrañas. Entonces les vemos agotar uno a uno todos los substitutos, religiones mistéricas, gnosis, sectas y cultos a cada cuál más extraño, aspirando de esos caños el delgado hilillo de agua viva que podían proporcionar. Cuando, a través de la Iglesia todavía naciente, alcanzaron por fin un manantial más abundante, se vieron renovadas hasta el punto que los historiadores distinguen dos civilizaciones casi heterogéneas, antes y después de Constantino.

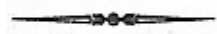
Occidente está en el extremo en el que la sed comienza a volverse lo bastante intensa para ser percibida, y en el que los pueblos buscan la menor gota de verdor para apagarla. La multiplicación de las sectas, prácticas o terapias «suaves», recuerda a las multitudes estrujadas en los templos de Esculapio, y la importación de los budismos o de los yogas de India responde a la acogida que dio Roma a las escuelas de los misterios de Tracia o de Asia menor, o del culto de la diosa de Eleusis. Como en el imperio de los primeros siglos, las autoridades políticas pasan sin saber por qué de la desconfianza represiva a la tolerancia, quizá porque, con una sequedad tal, la conciencia de la sed parte del pueblo, como, en el crisol, la avidez comienza en lo más íntimo de la materia. Es imposible predecir cuánto tiempo durará esta fase ni las formas exactas que tomará: irán desde los cultos más delirantes y los integrismos más obtusos, a las gnosis más sabias, sin poder apartar de su traza las magias perversas ni la provocación de las tinieblas. Todo lo que la experiencia histórica nos enseña es que nada detendrá esta búsqueda desordenada, *nada*, ni leyes, ni persecuciones, ni un discurso racional o moral, ni tentaciones superficiales de bienestar, ni presiones mágicas que intenten canalizarla, en tanto los pueblos no hayan encontrado la Fuente verdadera, y no se hayan abrevado de ella.

Pero cuando hayan probado este agua, se darán cuenta de que las viejas estructuras ideológicas, sociales, políticas, económicas y hasta religiosas, se habrán transformado en profundidad, lo que también vale para las Iglesias, forzadas de abandonar lo superfluo bajo el poder del flujo que las atraviesen. Es el tiempo que profetizaron Oseas y Joel: «El fuego ha devorado los pastos del desierto, y la llama ha quemado a todos los árboles del campo. Las bestias de los campos también suspiran hacia ti, porque las corrientes de agua se han secado y el fuego ha devorado los pastos del desierto»^[57]; «Sus obras no les permiten retornar a su Dios, porque el espíritu de prostitución está en medio de ellos, y porque ya no conocen al Señor... Irán con el ganado menor y mayor a buscar al Señor, pero no le encontrarán»^[58].

Viene luego el consejo de clamar a Dios: «Después de todo ello extenderé mi Espíritu sobre toda carne...»^[59]. Estas profecías del Día del Señor que acaba y renueva el mundo, tienen valor de modelo para cualquier revivificación, tanto de la materia como de las civilizaciones. No se reconoce al manantial sino por la sed, y la sed no obra sino cuando alcanza un grado suficiente de intensidad, atizada no sólo por la sequedad, sino por el recuerdo del frescor de las aguas. Hasta entonces no se probarán sino las fuentes aberrantes, pues ya no se soportará más un verdor más verde ni un agua más ígnea.

Al igual que el imperio de Constantino no abandonó al transformarse las realizaciones de la civilización romana, tampoco la presente civilización deberá desechar sus descubrimientos científicos y técnicos para recibir al Espíritu. Sin duda, tras su efusión, el sentido y la finalidad asignados a los conocimientos modernos se verán reorientados; pero sería bastante extraño y perjudicial que desaparecieran. Tras el reparto efectuado por el emperador Teodosio, no fue el cristianismo de imperio el que produjo una regresión en la parte occidental, por otra parte menos importante de lo que se estimó; fueron las destrucciones engendradas por las guerras de sucesión y la ambición de Atila, y más tarde las reyertas de los reyes francos. En el norte de las Galias fueron particularmente violentas; y muchos saberes se perdieron. Se libró el sur hasta el siglo VIII, donde se conservaron las artes y las ciencias; y también en Irlanda. Pensar que el renuevo espiritual barrería a las gentes de nuestro tiempo, es creer todavía que en ellos es donde reside el pecado del siglo y la razón del desecamiento; cegarse en la coincidencia de los hechos y confundirlos con las causas, siempre más sutiles y profundas de lo que piensa el profano.

MULTIPLICACIÓN



Aun llevada canónicamente y el artista alcanzado su objetivo, la gran obra no se termina con la obtención de la Piedra. Es necesario, otra vez, retomar el trabajo para purificarla y afinarla. A cada una de las *vuelatas de rueda* se acorta el tiempo de trabajo. Tuvimos la curiosidad de medir la duración de estas vueltas de rueda con una mayor exactitud que la relacionada en las indicaciones de los autores que nos han precedido. Varía más de lo que oscilan las velocidades de reacción simplemente químicas, pero la progresión, de una vuelta de rueda a la siguiente, parece obedecer a una *ley exponencial* decreciente con el tiempo y creciente según la velocidad. Puesto que los alquimistas recomiendan seguir las vías de la naturaleza, tuvimos también la intuición de comparar los parámetros con los que se desprenden del estudio de la evolución cósmica o de la aparición de las especies vivientes^[60]. Son los mismos, como ya lo habíamos pensado de entrada. Obtuvimos así una confirmación suplementaria de que la verdadera Gran Obra, es la que conduce el Artista divino sobre el cosmos que ha creado y que no cesa de perfeccionar.

Sin embargo constatamos una diferencia entre lo que el alquimista tiene la posibilidad de operar en su crisol, y lo que realiza el único y verdadero Artista. Cuando llevamos la materia a su perfección debemos limitarnos a diez giros de rueda como mucho, pues la Piedra se torna entonces tan sutil y volátil que ningún recipiente material puede contenerla más, sino que difunde en todo el universo, pasando así más allá de la intervención de nuestro arte^[61]. Ya en el segundo giro de rueda, o en el tercero, no tiene la solidez del cristal, sino la blandura de la cera. Al quinto obtenemos un líquido, y cuanto más reiteremos, más se volverá volátil. Estas transiciones de fase —por emplear el lenguaje de la ciencia moderna— no obedecen a las leyes ordinarias, ni dependen apenas de la temperatura o de la presión exterior, sino de la pureza de ese cuerpo imposible a identificar en la tabla de Mendeliev. Lo que se parece a nuestras vueltas de rueda en el universo, entre dos etapas de la creación, hace ya largo tiempo que ha sobrepasado las diez reiteraciones fatídicas sin que su materia se volatilice.

La Obra cósmica parece poseer dos componentes temporales, uno cíclico y periódico y el otro exponencial. Si continuamos sobre nuestra Tierra la curva obtenida con el examen de la diferenciación de las especies, obtendremos fechas, o más exactamente, la horquilla de fechas de los grandes descubrimientos que modifican en profundidad a las sociedades humanas, tales como la aparición de la agricultura, la escritura, la utilización de los metales o las abstracción filosófica en el sentido común del término. Entra en juego un tercer componente, el que hemos

evocado al mostrar que, en los diversos momentos de la Historia, se aplican los modelos revelados por los profetas. Se trataría de modelos intemporales que se manifiestan para corregir un extravío colectivo, o para asegurar la transición entre las diferentes fases de la Obra.

La humanidad entra en el período crítico de la curva exponencial. Hasta aquí, un giro de la rueda del Gran Artista se desplegaba sobre varias generaciones, y antes todavía sobre varios siglos o milenios. Desde hace poco duran menos que la vida de un hombre, lo que significa que, en una fecha incalculable por culpa de las horquillas de variación, pero relativamente próxima, *del orden de veinte a treinta años*, el proceso se volverá literalmente explosivo. No se trata de la entrada en la *era de Acuario*, reclamada a grandes voces por los que sólo consideran la componente cíclica. El año precesional no atraviesa «signos» iguales, sino constelaciones reales: Piscis, Aries, Capricornio, vistos desde la Tierra forman un todo imbricado como las escamas de una tortuga, de tal modo que la entrada del punto vernal en Acuario ocurrirá hacia el 2100, y la salida definitiva de Piscis hacia el 2700. Esto de que hablamos ahora, es el nudo crucial de la *componente exponencial*.

Las tentativas actuales para reportar esta excepcional transición de fase a una fecha más satisfactoria para la razón inferior, como este 1999 en el que nos encontramos, o el año 2000, que dibuja sobre el calendario una fecha redonda, no tiene ningún sentido. Fue un vano esfuerzo ese año 1 calculado por Deis el Menor a partir de las indicaciones históricas de los evangelios: sabemos que se equivocó al menos en tres años, si no son seis o siete. Contado a partir del verdadero nacimiento de Cristo, el año 2000 sería de hecho el 2003 o 2006... Pero dejemos estas pueriles incoherencias. La sombra de las cosas por venir de las que habla el apóstol Pablo, se proyecta lo bastante fuertemente sobre la humanidad en veinte o treinta años, como para que cada uno sienta ya el insistente roce. La humanidad corre hacia una excepcional transmutación, cuya naturaleza nadie sabe. ¿Se trata de lo que los profetas del Antiguo Testamento denominaban el *día del Señor*? En las Escrituras, este término se refiere a cada una de las intervenciones divinas en las que el Artista opera directamente sobre su crisol cósmico, desde los límites fijados a la arrogancia de un pueblo, hasta el Día último en el que la estructura espacio-tiempo se verá convulsionada y transformada. Eso hacia lo que nos encaminamos será sobre todo el Día del Hombre, la aparición de la quintaesencia bajo la forma propia a su naturaleza.

Esta transición es tanto más crítica cuanto que depende de nosotros, de lo que somos y de nuestro *fiat* tanto como del toque del Artista divino. Por ello, los esfuerzos demiúrgicos desordenados que hemos denunciado a lo largo de estas páginas, nos parecen tan poco a propósito. Mil veces más valdría dejar libre a la naturaleza que intentar violentarla: las resistencias que no pueden dejar de producirse contra esta presión parásita, vuelven más peligroso y quizás más doloroso el pasaje

crucial. No se puede excluir el fracaso. No significaría la destrucción de la humanidad ni la pérdida de todas sus conquistas —aunque habría un riesgo de retroceso técnico si se mezclara la guerra—, sino la pérdida de la tensión espiritual acumulada *desde los orígenes del mundo*. No creemos que las cosas lleguen a ese punto. Al contrario, comenzando por la proliferación de las sectas y los falsos profetas, todo muestra que la sed espiritual es demasiado profunda para que el pasaje, por desecación y falta de fermento, fracase del todo.

Cuando en el laboratorio suceden tales fases cruciales, ocurre que las fuerzas en juego sean demasiado importantes para la capacidad de resistencia tanto del vaso alquímico como del crisol que lo contiene, y que todo explote. Pero el vaso de la naturaleza fue previsto por el Artista divino en función de su Obra; ni siquiera la Caída adámica podía romper la cohesión fundamental. No temamos, pues, la aniquilación de la humanidad ni la de la Tierra que la porta, ya que ello sería dudar de la Sabiduría preter-eterna que da el ser y el devenir a la creación, y que incubó bajo su ala al caos anterior a la luz. La única cosa que podemos temer, si excluimos la deflacción espiritual o la explosión, sería que las resistencias no nos volvieran el pasaje inútilmente doloroso, o que la quintaesencia obtenida no contenga demasiadas superfluidades impuras.

Ya en este estadio el alquimista se libra muy bien de exigir demasiado a su materia, pese a que pueda intentar algunas últimas rectificaciones. Pero lo que aparece en nuestro crisol no es sino la promesa de las cosas por venir, que sólo el Artista divino conoce perfectamente. Intervenir con una comprensión limitada del proceso cósmico sobre lo que no puede ser sino Su Obra, sería a la vez loca temeridad y vanidad de vanidades. Nadie puede razonablemente creerse llamado a una tal labor, incluso si piensa haber recibido luces particulares para la conducta de la obra. No serían sino ilusiones en un tal Día.

Tenemos que precisar un punto esencial para esta conducción de la obra, como caritativa advertencia a quienes se ven consumidos por la ambición demiúrgica, sobre todo si imaginan conducir al mundo hacia un bien superior y hierven con la indignación de Elías ante los idólatras. Cuando el artista estrella el proceso alquímico siguiendo una vía *canónica*, sigue un camino trazado e inmutable, y sin embargo lo hace en la libertad total. Una de las fuentes de los errores acumulados por los aprendices filósofos americanos, que no hemos cesado de denunciar en la presente obra, podría deberse a la traducción de *vía canónica* por el inglés *rule way*. El término canónico viene del griego κανον, que en sí mismo no es sino la importación a estas lenguas del acadio *kanûn*, que significa caña, junco —a menos que esa palabra no sea más arcaica todavía y provenga del sumerio. En un país de deltas desprovisto de árboles, los arquitectos de los templos utilizaban una junco o vara para efectuar las medidas, y es de ese *kanún* de donde procede en línea directa la vara de los maestros

constructores. Se trata por tanto, en su origen, de una medida-patrón y no de una ley jurídica. La alquimia ha conservado el sentido primigenio del término: una vía canónica es en primer lugar un modo de operar, cuyas medidas ya son conocidas y experimentadas. *Ni más ni menos*.

Los obispos que empleaban el término de *canon* para designar las decisiones disciplinarias de los concilios, entendían todavía el sentido primitivo. No se servían de la *lex*, el reglamento escrito y perentorio; sabían que se limitaban a indicar las justas medidas dictadas por la experiencia espiritual, y que ellos habían recibido la autoridad de los padres, consejeros o pedagogos, y no de los legisladores. Desgraciadamente, el significado del *rule* inglés se aproxima mucho más al de la *lex* romana, exterior, que al *κανον*, que es una simple medida útil. Más les habría valido traducir *vía canónica* por *standar way*.

En su laboratorio el artista es libre, completamente libre de su obra, incluidos sus propios errores mediante los cuales aprende a distinguir lo posible de lo imposible. Nada le *impide* intentar, por absurdo o inepto que sea, fundir sin más preparación acero en un hornillo de gas, o triturar entre los dientes cristal de roca como si fuera una avellana. Pero traducir *canon* por *rule*, equivaldría a sustituir la distinción entre posible e imposible por la de permitido o prohibido. Estas notas, válidas para la ciencia profana, son esenciales en alquimia, y ¡cuánto más se aplican a la Obra del Artista divino! Según el comentario constante de los rabinos y de los Padres de la Iglesia, la *Torah* dada por Dios a Moisés era una vía canónica, una medida espiritual y ritual operativa; y no una coacción externa o interna. Si se hubiera tratado de una coacción interna, la tendríamos tejida en nuestra propia naturaleza, lo mismo que la gravitación integra la textura del espacio. Si la hubiera dictado como una *lex* exterior fustigante y apremiante, ¿cómo imaginar que no se hubiera erigido como gendarme, para que el castigo siguiera inmediatamente a la primera transgresión? ¿Habría sobrevivido ese mismo Moisés, que, acabada de recibir en las Tablas de piedra grabada la sentencia «No matarás», ordenó la masacre en el campo de 3.000 hombres? ¿No fue su error tomar como ley del Faraón, como distinción entre lo permitido y lo prohibido, una revelación divina de los comportamientos más útiles para el crecimiento espiritual del hombre? En cuanto a las «leyes de la naturaleza», el conocer y respetar las que son activas en el interior de los elementos del *κοσμος*, hombre comprendido, distingue siempre lo posible de lo imposible.

Desde la prehistoria, el hombre ha trazado senderos en las selvas y montañas. Sabe por experiencia que más vale seguirlos que perderse lejos del campamento hacia el que se va; que dirigirse recto hacia un precipicio. Ningún guía ordenancista o dictatorial le prohíbe salirse del sendero, sino que es él mismo el que reconoce por experiencia la utilidad del trazado establecido por sus mayores. Pero el hombre es libre, libre de abrir nuevos caminos, libre de retozar en las praderas que los bordean,

y de irse a respirar algunas flores. Cuando utilizamos en alquimia la metáfora de la vía o del camino calificándolo de canónica, entendemos procesos debidamente repertoriados, en los que las dificultades han sido reconocidas y balizadas. Nada nos asegura que los hermetistas hayan seguido y descrito *todas* las vías posibles. Pero tenemos la certeza nacida de la experiencia de todos los artistas, que, alejándonos de las vías canónicas, quizás demos con nuevas y fecundas maneras de operar, pero más probablemente encontraremos peligros, callejones sin salida, o caminos que sólo conducen la inversión espiritual demoníaca.

No impide que sea infranqueable la libertad de la persona que debe expresarse en su camino alquímico. La disciplina espiritual a la que, cargado de razón, se obliga el artista, no tiene nada de una autocensura. Como tan bien lo dice Jean-Aurel Augurelle:

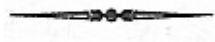
*Sic alii, quos experiendo, maxima rerum
Visere jam decuit summo quaesita labore,
Angustum per iter, recto de tramite nunquam,
Qua prius ingressi declinavere, nec ante
Desinare optarunt, licuit quam tangere laetis
Tandem exoptatum longo post tempore finem.*

«En cuanto a los demás, a los que gracias a su práctica les convino considerar por adelantado lo que finalmente será la mejor de las cosas que buscaban con su labor, *eligieron* pasar por el sendero estrecho tomado desde el principio, sin jamás separarse de la línea recta pasando entre caminos de travesía o parándose antes del final.»^[62]

Es por tanto porque se habían fijado su objetivo después de haberlo presentido, que se plegaron a la regla o canon del arte por razón, y no por obligación moral; por elección libre y no forzados a ello. Augurelle no denigra los caminos de través, y nos los prohíbe al alumno; simplemente subraya su inutilidad para quien quiera alcanzar la Piedra. A estos caminos son a los que llamamos *pequeños particulares*. No conducen al fin, pero nada impide que el artista explore algunos de paso; no fuere sino para perfeccionar su conocimiento de la naturaleza o para jalonar, para la posteridad, los que no llevan a ninguna parte. Sin embargo el tiempo nos está contado. Quien quiera llegar, comprenderá razonablemente que más vale limitar los vagabundeos, o incluso abandonarlos totalmente, para consagrar sus fuerzas a la búsqueda de la perla preciosa. Las reglas del arte sacadas de la experiencia de los antiguos hermetistas y de la revelación divina, no son más que un corpus de consejos prácticos para evitar perderse, y nada más. Como el código de la circulación, buscan prevenir los accidentes, y si se atiene a él, de hecho aumenta la libertad de los viajeros, y no colectivamente la de todos, sino la de cada uno en particular.

También la materia posee su libertad, que los físicos modernos reconocen y expresan como principio de incertidumbre o, mejor, de indeterminación. Cuanto más subimos en los reinos, más aumenta esta libertad. En el primer capítulo del Génesis el Artista divino opera según tres modos. Leemos: «En el principio Dios creó...», usándose un verbo lícito también para las obras de los hombres. Los rabinos judíos nos dicen que, en hebreo, el verbo *bará*, que no aparece más que en este libro y nunca en otra parte, guarda todo su misterio, ya que no puede tener sino un solo sujeto: Dios. Sólo después va a *decir*, y lo que nombra aparecerá en un mundo en trabajos de parto, ya que Él separa, o más exactamente, distingue. Los mayores comentaristas piensan que ese verbo *bará* designa el don del ser libre. En efecto, no es utilizado sino en tres ocasiones: cuando la creación del caos primordial, cuando la aparición de los animales, y cuando el nacimiento del hombre. Entre los dos primeros *bará*, en cada uno de los Días, Dios «vio que era bueno», aprobación casi pasiva o contemplativa. Tras el segundo *bará*, y después tras el triple *bará* que suscita a la humanidad, Dios bendice a la criatura, poniendo de este modo en el universo un sello operativo que le permita «crecer y multiplicarse». Y en esta bendición reside toda la Gran Obra.

NOTAS



[1] *L'ére du Verseau*. Hay una nueva edición corregida y aumentada por Jacques d'Arés, en las Ediciones Dervy, octubre 1999. <<

[2] En el mismo orden de ideas se podría evocar la otra plaga, al menos tan inmunda, que fue el comunismo estaliniano. Poniéndolo en paralelo con el nazismo bastaría, desgraciadamente, con comparar el número de víctimas de cada lado. Todo ello forma parte integrante de las innumerables locuras humanas de nuestro siglo xx, que Fulcanelli no podía enumerar de modo exhaustivo.<<

>

[3] *N. del T.*: Organisation de la Radio Television Française. <<

[4] *N. del T.*: Los Compagnons des Devoirs du Tour de France (asociación tradicional gremial de los diferentes oficios, con sede en París junto a la iglesia de San Gervasio y San Protasio) reciben en régimen de internado una formación integral, profesional y humana. Los candidatos a «compañón de los deberes» recorren el país (es el *tour* de France) aprendiendo su oficio con los compañeros ya establecidos a lo largo y ancho. No conocen el paro. <<

[5] La reproducción del cuadro de Valdés Leal *Finis Glorae Mundi* puede verse en internet, en la página web de las ediciones Liber Mirabilis, y puede descargarse gratuitamente. Internet: <http://www.liber-mirabilis.nu> <<

[6] Centre Européen des Mythes et Légendes: L'île de la Cité, 11000 Carcassonne -
Tel.: +04.68.25.2096 - Fax: +04.68.79.80.34. Internet: <http://www.mnet.fr/carcasun>

<<

[7] Jacques Bergier y Louis Pauwels, *Le matin des magiciens* (El retorno de los brujos), París 1961. <<

[8] Allan C. Wilson, Rebecca Cann y Mark Stoneking, «Mitochondrial DNA and Human Evolution», *Nature*, vol. 325, 1987. <<

[9] *Les Demeures Philosophales*, tomo 2, pág. 208 de la 3.^a edición. <<

[¹⁰] *N. del T.*: Tendre (Ternura) es un país imaginario ideado por novelistas franceses en el siglo XVII. Levantaron el mapa utópico de dicho país con una toponimia alegórica, localidades apropiadas (Tendre-sur-Estime, Tendre-sur-Reconnaissance, Jolis-Vers...) etc. <<

[11] Isha Schwaller de Lubicz, *Her-Bak «disciple» de la sagesse égyptienne*, Flammarion, París 1956, pág. 165. <<

[12] *Mahabharata*, libro III. <<

[13] Cada cual sabe ya traducir este acrónimo por la divisa latina *Visita Interiore Terre Rectificando Inveniens Occultum Lapidem*. Su ilustración gráfica más caritativa se encuentra en la obra clásica de Basilio Valentin *Les douze clefs de la Philosophie*, felizmente reproducida en la reedición moderna de las Ed. de Minuit.<<

[¹⁴] Robert Fludd, *Utriusque cosmi historia*, 1617. La ilustración muestra las divisiones del mango de una viola. <<

[15] En la ilustración del duodécimo epigrama de la *Quête chimique*, retornada en la segunda edición del *Atalanta fugiens* de Michel Maier, se ve al filósofo provisto de una linterna, perseguir las huellas de la naturaleza, figurada por una ninfa, que le precede en el camino. Por tanto, es la observación de los procesos naturales y su desciframiento lo que debe guiar al artista, y no cualquier idea preconcebida sobre el mundo. <<

[16] Goethe, *Segundo Fausto*. <<

[17] Romanos 8,22. <<

[18] «Tiempos rudos en el mundo - adulterio universal - tiempo de hachas, tiempo de espadas - los escudos están hendidos - tiempos de tempestad, tiempo de lobos - antes que el mundo se desmorone: - nadie - nadie se salvará». *Völuspa*, estrofa 45. Traducción de Régis Boyer. *L'Edda poétique*. Fayard, París 1992.<<

[19] Para la Edad Media pensamos más particularmente en Juan de Salisbury, Chrétien de Troyes, Allain de Lille o Raimundo Lulio, sin olvidar a Alberto Magno. Están raramente traducidos los tratados árabes, pero podríamos leer con provecho *De l'homme universel*, de Abd al-Karîm al-Jîlî, traducido por Titus Burckhardt, Lyon 1953. <<

[20] La mejor reedición de este texto se encuentra en Nicolás Flamel, *Le Livre des figures hiéroglyphiques* seguido de *Le sommaire philosophique* y *Le désir désire*, prefacio de Eugenio Canseliet, SGPP-Denoel, París 1970. <<

[²¹] Job 38,11 y Salmo 104,9. <<

[22] II Pedro, 3,5-7. <<

[23] Gregario de Tours, *Historia francorum*. <<

[24] Jean-Pierre Valet y Vincent Courtillot, «Les inversions du champ magnétique terrestre», *La Recherche*, nº 246, 1992. <<

[25] Salmo 89,4 y II Pedro 3,8. <<

[26] En una narración que escribió en colaboración con el Sr. André Ruellan. <<

[27] Mateo 17, 1-9; Marcos 9, 2-10; Lucas 9, 28-36. <<

[28] *Les Demeures Philosophales*, tomo 1, p.147 de la 3.^a edición. <<

[29] *Ibidem*, p.115. <<

[30] Hemos quedado agradablemente sorprendidos leyendo a Atorène, *Le Laboratoire alchimique*, Trédaniel, París 1981, por la incisiva claridad con la que guía a los neófitos, sin jamás sobrepasar los límites de la prudencia. <<

[31] Mateo 6, 6. <<

[32] Valentin Andreae, *Les noces chymiques de Christian Rosenkreutz* (*Las bodas alquímicas de Christian Rosenkreutz*, Ed. Obelisco, Barcelona, 1996). <<

[33] Corintios 3,15; 15,52. <<

[34] Jeremías, 4.10. <<

[35] Mateo,24,36. <<

[36] «Legis cantio contra ineptos criticos. // Quid legent hosce versu, mature censunto
// Profanum vulgus et inscium ne attrectato: // Omnesque Astrologi Blenni, Barbari
procul sunt // Qui aliter facit, is rite sacer esto» - Centuria VI, 100. <<

[37] *Les Demeures Philosophales*, tomo 2, pág. 350 de la 3.^a edición. <<

[38] Sólo los tintoreros de Israel podían, sin atraer sobre su cabeza la cólera celeste, blanquear la lana en la sangre del cordero; pero en este caso se trataba de una práctica profética. <<

[39] Génesis 18, 23-33; 19, 1-29. <<

[40] *N. del T.*: Arquimistas y no alquimistas. Los arquimistas también intentaban la transmutación de los metales, pero por medios exotéricos o puramente químicos, por ejemplo, los que describió a este respecto el eminente científico Marcelin Berthelot, etc. <<

[⁴¹] Mateo 20,30 y Marcos 12,25 utilizan el griego ἀλλ εἰσιν ὡς ἀγγελοι, expresión muy vaga que sugiere que los hombres serán lo que son los ángeles. Lucas 20,36 precisa en una lengua más elegante ἰσαγγελοι γὰρ εἰσιν, «serán iguales a los ángeles». No se trata de trocar la naturaleza humana contra la naturaleza angélica, ni de una simple cuestión de abstinencia sexual.<<

[42] *Mahabharata*, libro VI. Observemos que estos versos no se aplican a las «terribles armas de India», sino a la transfiguración de Krishna. Para el Sr. Oppenheimer, el fulgor mortal de la bomba era la revelación de la gloria de la materia. Todavía no sabía nadie cuáles serían las consecuencias. <<

[43] Sethon, *Les oeuvres de Cosmopolite*. Traducción de Antoine Du Val, París 1669.

<<

[⁴⁴] Eyrénée Philaléthe, *L'entrée ouverte au palais fermé du roi*, Amsterdam, 1667, capítulo 23, ss. (Hay traducción española: *La entrada abierta al palacio del Rey*, Ed. Obelisco, Barcelona, 1986.) <<

[45] Su propio interés le llevaba a buscar la benevolencia de los Aliados, y por tanto a concesiones inhabituales para obtener el sostén que le hubiera permitido reconstruir rápidamente una Rusia arruinada por la invasión alemana, y por el esfuerzo de guerra que tuvo que suministrar para asegurarse la victoria de Stalingrado. No otorgamos ningún satisfecit al dictador soviético; no es menos cierto que fue el Sr. Truman quien, deliberadamente, endureció el tono en 1947 y denunció, sin decirlo claramente, los acuerdos de Yalta firmados por su predecesor. Se piense lo que se piense de este período de la Historia que, por nuestra parte, contemplamos con igual desapego filosófico que cualquier otro, los hechos son los hechos. <<

[46] Savinien de Cyrano Bergerac, «Histoire des Oiseaux» en *L'autre monde, Histoire comique des Etats et Empires de la Lune et du Soleil*, 1667, reedición Jean-Jacques Pauvert, París, 1962. <<

[47] Hemos seguido aquí la traducción de André Chouraqui aparecida en 1975 en Desclée de Brouwer. En cuanto a los libros proféticos presenta el inmenso mérito de no favorecer ninguna interpretación preconcebida, ninguna mira de dominación teológica, ateniéndose al texto de un modo casi literal, y no adaptando sino la gramática. <<

[48] Observamos que la visión tuvo lugar en una de las tres ciudades sagradas del imperio persa. Parsagadesh representaba el origen de la dinastía aqueménida; Persépolis, otra Parsagadesh diferente a la que los historiadores dejaron su nombre griego para distinguirla de la primera, fue la capital real del pueblo persa; Susa, o mejor, Shûsh, había sido la antigua capital del imperio de Elam, y simbolizaba la unión de las civilizaciones del Creciente Fértil bajo la égida de Ciro, que todos reconocían como el «ungido del Señor» y el justo protector de los pueblos. <<

[49] *N. del T.*: Picrochole es un personaje del *Gargantúa* de Rabelais. Viene del griego *picrós*, amargo, y *kholé*, bilis. Rabelais estigmatiza con este personaje las guerras de conquista –en nuestro texto, referencia a los EEUU–, de modo que la *guerre picrocholine* designa al conjunto de este episodio de Gargantúa. <<

[50] *N. del T.*: El original francés dice *quartiers*, a saber, barrios, arrabales, suburbios, aledaños, extramuros, etc. Se trata en realidad de las cuatro partes en que el arado de los bueyes, trazando los perpendiculares *cardo* y *decumanus*, van a dividir el espacio de la ciudad desde el momento mismo de su fundación. Una de las últimas (o la última) ciudades fundadas tradicionalmente, fue la de Na Sra de los Buenos Aires, en Argentina. <<

[51] *N. del T.*: Llamado *mundus* ubicado en el *decussus* o cruce de *cardo* (latín «gozne», el eje del mundo norte/sur) y *decumanís* (latín «diez manos», la del hierofante con sus brazos extendidos, cuya sombra en el suelo señalaba el eje este/oeste). Lugar del altar primigenio, podía incluir ofrendas votivas, tradición recogida con la ceremonia de la «primera piedra». <<

[52] Cyliani, *Hermes dévoilé*, Locquin, París 1832, visión preliminar. <<

[53] I Corintios 2,15. <<

[⁵⁴] *Kaushitaki Upanishad*, traducción de Jean Varenne en *Le Veda*, Denoël, París 1967, réédition Les deux océans, 1984. <<

[55] Mateo 22,14. 104 <<

[56] Charles Kerényi, *La religion antique*, Georg, Genève 1957, cap. VI. <<

[57] Joel I, 19-20. <<

[58] Odas, 5, 4 y 6. <<

[59] Joel, 3,1. <<

[60] No por ello nos adherimos a la doctrina darwinista. Pero tanto como esta interpretación, apenas científica y de una indigencia metafísica lamentable no retiene un segundo nuestra atención, tanto más deben ser escrutados a la doble luz del arte y de las revelaciones más sagradas los hechos confirmados, es decir, la transformación del universo de era en era, la de la Tierra y la de los seres vivos que porta en su seno, según el proceso de una Obra divina que sobrepasa y trasciende la inteligencia del hombre. <<

[61] Quizás fuera concebible una undécima vuelta de rueda, si pudiéramos echar mano, como en la física nuclear, del confinamiento magnético. Pero además de que la manipulación necesaria para instalarlo justo al instante de la eclosión del Huevo plantean dificultades que hasta ahora nos parecen insalvables, se trataría del último límite. Todo nos indica que ni siquiera un agujero negro sabría retenerla en una duodécima vuelta. <<

[62] Ioannis Aurelii Augurelli P. Ariminensis, *Crysopoeia et Gerontico*, Basilae, 1518. Hemos traducido este pasaje porque la traducción en versos clásicos que debemos a François Habert, muestra a nuestros ojos la incomprensión de su significado hermético. <<